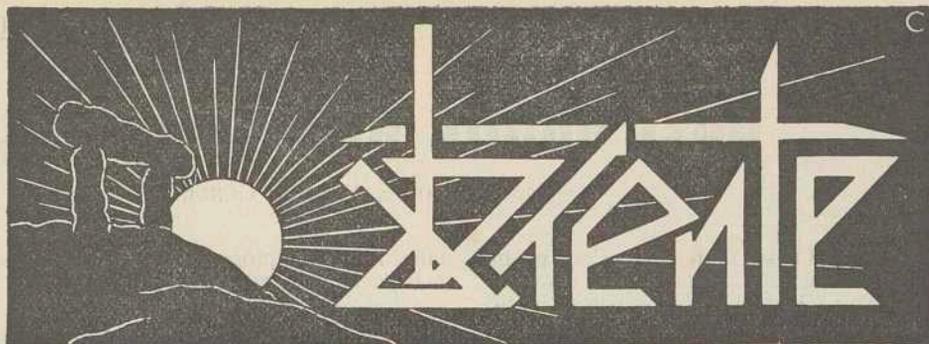


Faltan documentos (páxinas,
cadernos...)
ISO 9878/1990



santiago, peregrino y patrón

Es muy corriente, sobre todo de algunos años a esta parte, entre escritores de determinada tendencia, hacer un desdoblamiento de personalidad en Santiago. A un lado el Santiago patrón que bruñe al sol el acero de su espada y calza la espuela de oro del caballero. Al otro el peregrino humilde de la «aviñeira» y el bordón en alto. Y ven en esta doble personalidad un antagonismo, una incompatibilidad tan marcada que llegó a adoptar, en la frase de un escritor, la doble denominación del apóstol «de ellos» y «el nuestro» conquie rotuló cada una de las dos figuras.

Frente a esta tendencia que la brisa un poco romántica —sentimentalista más bien— conquie quiere empenacharse nuestro siglo, hace ganar terreno, queremos nosotros afirmar la verdad eterna de nuestra fe santiagouista que no distingue entre peregrino y patrón porque todo lo encierra en un denominador único: la afirmación española, reciamente española, de Santiago.

Es afirmación española el Santiago peregrino porque en él están vinculados los primeros balbuceos de nuestro ser hispánico. España no empieza a afirmarse, a ser, hasta que Santiago aparece cruzando nuestras fronteras en su visión peregrina de bordón y conchas, trayendo en su palabra la fuente viva de una religión que había de ser la médula de nuestra expansión en el tiempo y única explicación de nuestra historia toda: Porque el 2 de enero en el Pilar, no es sólo una gesta más o menos del catolicismo, sino el abrir esplendente del sol de España bajo la protección gloriosa de Santiago y el baluarte incommovible del Pilar Zaragozano.

Pero si así es afirmación rotunda el apóstol peregrino, no lo es menos el apóstol caballero: La Edad Media se caracteriza por un hecho que nació con ella y en ella halló calor de vida: La Cruzada, cristalización plástica de una lucha encarnizada por la hegemonía religiosa de Europa sobre el resto del mundo. Esta Cruzada —que en las demás naciones adopta como guión el Sepulcro de Cristo— tiene un matiz especial en España que la diferencia y distingue otorgándole personalidad propia. No es sólo la lucha por una religión sino por una existencia, la de España amenazada por la ambición islamizadora de la Media Luna... Es imposible concebir esta España histórica, viva, sin el impulso y aliento que le dió alas para volar y vigor para hacer se protagonista gloriosa de romance heroico: el catolicismo que dió aires de cruzada a su gesta.

Con el catolicismo se formó España y el catolicismo y España son obra de aquel peregrino que tostado por los soles de rutas ecuménicas, apareció un día sobre nuestras fronteras sangrando su fatiga sobre el bordón romero. ¿Qué extraño que España condensase en un grito de aliento y plegaria —¡Santiago, cierra España!— lo que era para ella símbolo glorioso de su existencia? ¿Y qué extraño que el mismo Santiago, viendo en peligro de ser arrollada su obra, hecha a golpes de rudo cincel en la piedra berroqueña de nuestros primitivos padres, no acudiese en su auxilio haciendo vibrar su acero sobre la mancha fulgurante del «camino de Santiago?»

Santiago peregrino, evangelizador de España. Santiago patrón, caballero de esa España forjada sobre su doctrina, carne y alma de su predicación apostólica. No desdoblamiento incompatible sino conjunto indestructible.

¡Hagamos que este Santiago sea ahora de nuevo un símbolo, cuando el cierzo del escepticismo pasa segando a flor y fruto la cosecha magníficamente española de su fecundo apostolado! Cuando la impiedad es semilla y la apostasia fruto, invoquemos de nuevo la protección decidida de Santiago para volver el río desbordado a sus cauces. Nosotros, al lado de su sepulcro, templamos las armas de nuestro sacrificio y nuestra voluntad, porque la lucha está cerca y necesitamos su auxilio.

post nubila phoebus

POR E. VÁZQUEZ GUNDÍN

Una verdad como un templo: «Cada pueblo tiene las autoridades que merece». Otra verdad mayor: «Generalmente los países no tienen las autoridades todo lo malas que merecen, por ruines que parezcan».

¿Qué en tal Estado rige la tiranía? ¿Qué en el otro impera el despotismo? Examinense las costumbres presentes y anteriores, y dígame luego si los pueblos no se han hecho acreedores a trato peor todavía, a autoridades más déspotas y tiránicas.

Los pueblos civilizados, como los individuos, antes de caer en oprobiosa relajación de costumbres, en los grandes pecados y apostasías, han empezado por hacerse reos de los siete pecados capitales, los cuales, *sensim sine sensu*, han ido degenerando en mortales: las faltas en delitos; éstos en crímenes.

Pongamos un par de ejemplos nada más.

El cine.—Empiezan los jóvenes por exigir, siguiendo el consejo de sus padres, que las cintas proyectadas sean de toda garantía, o moralidad. Un día se les exhibe un cuadro de tonos subidos; sonrójense y les remuerde la conciencia al verse ofendidos en su pureza. Vuelven a ver otra semejante; el sonrojo es ya menor, empezando entonces a luchar contra su conciencia tildándola de tonta, o escrupulosa; al fin sus gritos son acallados y la pureza espiritual queda en pedazos, hecha añicos. La ley soberana de Dios se olvida, tratando de someterla a las pasiones con la disculpa en aquello: *exigencias de la juventud; progresos del arte; necesidad de saber de todo...*

Otro ejemplo.—Las relaciones entre jóvenes de distinto sexo. Se inician frecuentemente con timidez, hasta con vergüenza, para acabar muchas veces con desenfado, desvergüenza y escándalo.

Pero no es sólo la moral, con ser lo primero. También es la justicia social.

La justicia social.—Todos la llevan en los labios: está de moda invocarla; pocos la llevan en el corazón y las obras.

Se predica o sostiene el amor al obrero, al pobre; incluso se recitan versículos de las Encíclicas más sabias y conocidas. Se dice y se repite con frecuencia, más no se practica casi nunca, confiando, deseándolo tal vez, que sea el prójimo quien se desprenda de parte de sus bienes en favor del desvalido, mientras se procura por todos los medios atesorar riquezas, poniendo en ellas el corazón.

Anhelamos el bien común a costa de los demás. Queremos el sacrificio a costa del ve-

cino, no a costa propia, que suele dejarse para más adelante, acaso para el testamento.

De ese modo entienden muchos jóvenes la moralidad. Así *practican* muchos hombres la justicia social.

Consecuencia.—Desprovisto el mundo de sus dos pilares fundamentales, el edificio se cuartea, la sociedad, desarticulada, se derrumba.

¿Quién corre a salvarla, a reedificarla? ¿Un hombre que se enfrente con aquellos jóvenes y con semejantes hombres? Ni unos, ni otros lo merecen; tampoco es fácil hallar una persona dispuesta a sufrir las iras y combates de ambos escuadrones, o ejércitos, de la *masa*.

Lo natural, lo lógico, es que al frente de la *masa*, ingente e imperante, y de todos en general se pongan, como jefes, hombres venidos de la *masa*, forjados en ella y alentadores de sus apetitos e inclinaciones más acreditadas. Es a la manera de la ley que los economistas llaman hedonística: el menor esfuerzo posible con la mayor ventaja posible.

Tarda bastante en los pueblos el ser secundado desde arriba el desorden de los de abajo, porque Dios que manda para cada hombre un Angel de la Guarda, tiene para cada pueblo una legión de ángeles y santos cuyas súplicas escucha, cual escucha las de los justos de la tierra, hasta que agotada su paciencia deja entregarse a los hombres en poder de otros hombres tan perversos como ellos.

Entonces el remedio no está únicamente en pedir los auxilios de lo Alto; es preciso desagraviarlo, volver con firmeza al buen camino y perder o entregar por mal los bienes de que por bien no hemos querido desprendernos a tiempo, ni siquiera en parte.

Sin grandes torturas de alma y cuerpo no es posible restaurar lo que tan suicida y torpemente hemos destrozado con cierto egoísmo.

Claro es que si los hombres se disponen a esos sacrificios con tesón y valor, la faz de un país cambiará más pronto de lo que se puede creer; pero hay que aprestarse con valor antes que la ruina lo allane y sepulte todo; sean valientes según han sido cobardes; esfuércese cada uno como si de él exclusivamente dependiera su salvación y la de todos. El hombre que lo ha perdido todo, es el mismo que debe rescatarlo todo, volviendo así a brillar el sol de la Justicia.

Post nubila Phoebus. Después de la tempestad viene la calma.

nuevos módulos...?

POR RAMÓN BUIDE LAVERDE

En la diaria conversación, en los ininterumpidos discursos, en la exposición diaria del pensamiento de nuestros contemporáneos, preside siempre la cima de los humanos ideales el logro de un mayor bienestar. Lo busca el individuo en su lucha constante; es apetencia de la sociedad en su marcha milenaria, lo persigue el gobernante en su labor de estadista. Todos buscan un mejor modo de vivir, todos ambicionan superar el momento presente. Y, en esta ansia actual, el individuo cifra su conquista en el logro de una posición económica independiente, que le permita vivir con lujo o con holgura, y el estadista en podar el malestar reinante llevando pan a los hogares hambrientos, dar ocupación a los obreros carentes de trabajo, proteger con los resortes del poder la paz social amenazada, buscando en la coacción material la ansiada pacificación social.

Y así tenemos la lucha cruenta entre la fuerza bruta y la materia rebelde, la postergación del espíritu y su subordinación a las satisfacciones materiales, que le dejan siempre en la mayor indigencia y en la más completa orfandad. El derecho aparece desposeído de su espiritualidad, el hombre aparece abandonando su nativo señorío, la sociedad se revuelca en la vorágine turbulenta de insanos apetitos y el desorden surge como secuela inevitable de este trastrueque de valores. Es la paganización de la vida, es el triunfo de la materia sobre el espíritu, es la más honda subversión de los valores: el esclavo, se torna en señor; mejor aún: en tirano. Y siendo el espíritu quien plasma el cuerpo y lo modela a su imagen y semejanza; aparece sometido al cuerpo, que busca en los triunfos del espíritu el halago de sus bajos apetitos: bienestar material. Y ello, acusa una observación que conviene destacar, para buscar remedio al

mal que corroe el organismo social: Que la sociedad tiene el alma enferma, y carece por ello de vida anímica suficiente para formar caracteres capaces de darle la gloria que merece esta patria orgullo nuestro y blasón del mundo inmortal.

Y así se manifiestan los hombres de hoy traicionando las leyes de la naturaleza y conculcando las de su propia *vocación*, que hipotecan al *egotismo* que implica una felicidad terrena de puro espejismo. Porque por el ansia de medrar, buscan carreras, persiguen títulos, conquistan cargos, trabajan empleos, renuncian a ideales, torturando sus cualidades nativas, cuando no las más elementales normas éticas.

Y así tenemos la plaga de la empleomanía, y la quiebra del arte, y la lucha por un sueldo, y el batallar diario por un puesto o por una condecoración... atentos tan sólo al rendimiento material que todo ello pueda reportar. Y para ir a su conquista, el padre sacrifica las aptitudes del hijo, o renuncia a estudiar las facultades de éste, o las pospone y sacrifica a aquellos apetitos inconscientes y torpes. Y así aherrojada la *vocación* —que es espíritu— surgen almas torturadas, y actividades descentradas y por ello descarriadas, y facultades perdidas, y servicios en quiebra, y en quiebra el bienestar material y la paz moral de los pueblos.

Todo ello, por haber abandonado la parte espiritual de nuestro ser, por no haber recogido de ella los rumbos a seguir, por haber descuidado esa antorcha que está llamada a iluminar la vida del hombre y a perfilar incluso su felicidad terrena: que ella es la que traza nuestra *vocación*, nuestras aptitudes, nuestras facultades, nuestro camino.

Ya recordaba el ínclito Laverde que el alma es la que «tira siempre a conformar el cuerpo

»consigo misma, adaptándola, mediante la
 »virtud plástica innata que posee, a su parti-
 »cular naturaleza y *destino*; dado que aquel
 »en lo que tiene de permanente —y de aquí
 »proceden las *diferencias* características que
 »entre unos y otros seres observamos— no es
 »un simple vestido del alma, sino su figura
 »temporal, su manifestación concreta en el
 »espacio».

«Por algo escribe nuestro inmortal Balmes
 »en el Criterio, que el Criador, que distribuye
 »a los hombres las *facultades* en diferentes
 »grados, les comunica un *instinto* preciso que
 »les muestra su *destino*: la inclinación muy
 »duradera y constante hacia una ocupación
 »es indicio bastante seguro de que nacimos
 »con aptitud para ella; así como el desvío y
 »repugnancia que no puede superarse con fa-
 »cilidad, es señal de que el Autor de la Natu-
 »raleza no nos ha dotado de felices disposi-
 »ciones para aquello que nos desagrada». «Cuidado, añadá en otro lugar, con trocar los
 »papeles: de dos niños muy extraordinarios
 »es muy posible que forméis dos hombres
 »muy comunes. La golondrina y el águila se
 »distinguen por la fuerza y ligereza de sus
 »alas; y sin embargo, jamás el águila pudiera
 »volar a la manera de la golondrina, ni ésta
 »imitar a la reina de las aves». «Razón por la
 »cual, dice en otro pasaje, que un hombre
 »dedicado a una profesión para la cual no ha
 »nacido, es una pieza dislocada; sirve de poco
 »y muchas veces no hace más que sufrir y
 »embarazar». *Jeromta*, inclinado violentamente a la vida sacerdotal, o encerrado en los
 claustrós de un monasterio, al modo que se
 proyectaba con él en los días que fué confiado
 al maternal cuidado de D.^a Magdalena de
 Ulloa, no hubiera llegado nunca a ser el
 héroe de Lepanto, que tan bien adivinó en sus
 naturales inclinaciones aquella insigne dama,
 como con mano maestra nos describe el insigne
 académico P. Coloma.

Es deber fundamental volver, pues, por los
 fueros del espíritu, para que éste sea el que
 imprima rumbo a nuestra vida y él sea quien

la modele y encauce. Que si en la Edad Media
 la vida de los *Gremios* fué pujante —y Com-
 postela pudo sentirse orgullosa de ellos, como
 puede leerse en el preclaro López Ferreiro—
 obedeció sin duda a que el artista tenía la luz
 de la espiritualidad que iluminaba su trabajo
 y en él se plasmaba y presidía su vocación
 sin torcerla ni desviarla; que lejos de traicio-
 nar su vida, la regía y la tutelaba, sin negar
 su libertad, antes bien protegiéndola y robus-
 teciéndola; que si en la Edad Moderna, Es-
 paña alcanzó en todos los órdenes de la vida
 la corona de la inmortalidad, se lo debe a que
 el espíritu iluminó la senda del triunfo, dando
 vida a su unidad política y lingüística, com-
 pletando el globo terráqueo, hinchando de
 valor, de sacrificio, de heroísmo a sus hom-
 bres, que anunciaban ya en sus albores a la
 patria del refulgente siglo de oro; que anun-
 ciaban la edad feliz de los Soto y Suárez, de
 los Lulio y Sabunde, de los Fox Morcillo y
 Arias Montano...

Pasado glorioso con el cual tenemos que
 engarzar el presente que vivimos, si queremos
 reverdecer los laureles de nuestras olvidadas
 glorias. Y por cuyo engarce debemos luchar,
 derrochando patriotismo, prodigando espiri-
 tualidad...

«Separados de los siglos anteriores por la
 »revolución —escribía hace años uno de nues-
 »tros más profundos pensadores— tumba de
 »tantas grandezas y de tantas miserias, y ais-
 »lados enfrente del porvenir, hemos buscado,
 »en extraños horizontes, astros que nos guia-
 »sen a las regiones de la verdad, y sólo en-
 »contramos cometas que, errantes al acaso
 »en los espacios, arrastraban vertiginosamen-
 »te a los entendimientos deslumbrados, de-
 »jándolos caer luego en el horrible vacío del
 »excepticismo». Y aun pudiéramos decir que
 en la sima de las mayores amarguras y de los
 más grandes desastres.

Miremos, pues, a la espiritualidad de la tra-
 dición, orgullo del pasado, aliento del presen-
 te y faro luminoso del porvenir.

Compostela, 1936.

signo visible del sentir popular

muchedumbres

POR GABRIEL MÉNDEZ RODRÍGUEZ

Fácilmente se puede comprobar que las agrupaciones políticas de manera señalada, han moldeado por virtud de su influencia, un medio social propicio siempre a interesarse por una visión en masa de conciudadanos, en mítines y concentraciones que aparentan ser un gran cuerpo aun no del todo unificado que precisa se le infunda una esencia espiritual que vivifique su formación, con palabras y más palabras, con promesas y reconveniones, unas veces expuestas con sensatez y veracidad, pero en más de una ocasión dichas con falsedad y mentira, que les hacen acreedores al epíteto de entretenedores de la atención pública.

Un principio de actualidad parece prescribir que sólo con multitudes y clamores se crea la opinión. Por lo menos el afán en conseguir grandes concentraciones, es un máximo deseo y aspiración de las organizaciones, para dar sensación de estar respaldadas por gentes ocultas al diario opinar, que tácitamente expresan su conformidad con la presencia en los actos públicos del partido.

Pero todo esto es relativo. Interesante sería un conocimiento individual de la heterogénea concurrencia que acude a los mítines, sobre su sentir y pensar, y lo que para ella puede tener de trascendente e importante. Quizá piensen algunos que su presencia será estimada como una garantía de asistencia ideológica que de ser preciso unificaría sus valores reservados, como patrimonio íntimo y exclusivo de su personalidad, para ofrecerlos como medio que contribuye a alcanzar algún objetivo colectivo de reivindicación y beneficio social. Ni faltarán quienes crean que su aportación personal no puede significar algo, en medio de una gran muchedumbre, ya que una individualidad es absorbida en apariencia por el gran número de los concurrentes.

Este tipo de espectador es el incondicional de todos los mítines y concentraciones, sea la que fuere su índole y significación. En él actúan con más vehemencia las fuerzas de su espíritu, buscando un incentivo a su ánimo (de continuo acariciado por las soledades que cobija) el deseo de oír en palabras de otros sus mismos pensamientos... Por ello está ávido de percibir algo nuevo; que no sea el mismo contenido con distinto ropaje el que se le ofrezca, sino algo desconocido y desusado. Y en busca de esto se encamina y persevera.

Desde luego hemos de creer que nunca faltan sinceros apasionados, que son los que con verdadero afán inician el clamor, vocinglero y halagador, de los correligionarios,

para brindar al *leader* las primicias de su pasión. Pero oculto, por un querer interior que alumbró su pensamiento, se halla el ecuánime espectador, siempre asiduo asistente, que lleva por misión el controlar las ironías de la vida que le ofrecen los oradores con hechura de imágenes dialécticas que quieran expresar ideas. Y les sigue con atención aunque algunas veces se observa distraído. Es que por un momento creyó advertir vacilaciones y que el discurso entrañaba contradicción. Entonces recuerda con precisión el antinema que Bossuet utilizara como valiosa base de argumentación: «Tú varías, luego no eres la verdad».

Y prosigue con implacable juicio aquilatando el valor de cada idea y la importancia de cada palabra. Pero esta misión, si bien sincera, no deja de ser arriesgada, pues algunas veces degenera en rutinario afán por hallar contradicciones y reparos. Cuando esto sucede, nada de lo oído tiene valor, porque no halla idea que se iguale a su criterio. Y, naturalmente, sus juicios muestran siempre su desconformidad. Es el eterno descontento, de indolente compostura y de tozudos conceptos que por ser suyos no se asemejan a los de nadie.

De ser posible entrever el guión mental de sus convicciones, notaríamos dejadez en sus raciocinios, para desproveerlos de rigor y exactitud, a cambio de un rebuscamiento de unos recursos que le sean propicios para continuar alardeando de tener siempre razón. En ese guión mental podríamos incluso leer estas palabras, que un día y para siempre había escrito una incomprendible traza de sentimiento: «El valor de una idea como signo de convicción, está en defenderla hasta con la fuerza». Así puede disculpar en su corazón su leal intransigencia, que tanto lo es para el error como para la verdad más meridiana, ya que admitir es no bastarse a sí mismo con lo que se ha conseguido a expensas de un propio y exclusivo meditar.

Muchedumbres... Miembros vivos, de múltiples latidos y con propio razonar, de actitud reservada, por no ser nunca conocida con anticipación; amalgama de vehementes queres y distintos afanes en una idea común. Su importancia se reconoce; por eso la virtud de su poder se solicita. Pero se ignora como piensa y quiere en cada tiempo. A lo sumo sólo se sabe de ella que es voluble y tornadiza. Quizá sea esto sentimentalmente un encanto y un atractivo al propio tiempo que un hecho importantísimo para los pueblos, cuyos destinos señala algunas, veces parece que sin intentarlo.

panoramas de españa

POR EDUARDO CONDE

Fué una mañana de no sé que día, era primavera en mayo; abrí a la ventana sus grandes párpados inertes, como antes había abierto los míos, pequeños y perezosos. Los cristales, que son para mí los más perfectos pulsadores de la atmósfera, que lloran cuando llueve y tiemblan aterrados cuando el estampido del trueno los estremece y están claros, limpios, transparentes, cuando el cielo es azul y traslúcido, aquel día estaban impregnados de un vaho misterioso que los hacía esmerilados, apesar de ser primavera en mayo.

Leí en mi barómetro de cristal: «cielo cubierto con espesos turbantes de nubes oscuras; día turbio, de esos que estamos acostumbrados a vivir, desde hace tiempo, bajo este cielo, ¡cielo de España!... El sol no enseñará sus rayos, cual dientes brillantes en sonrisa rejuvenecedora, porque está expuesto a que dos nubes negras en un instante le ahoguen, trocando su risa fugaz en amargo y eterno llanto... Por eso hoy no se asomará a este cielo de España, tormentoso y frío».

Y al leer el pronóstico me puse triste, pues aquel día iba a emprender un largo viaje, tenía que atravesar Castilla e internarme en otras regiones... iba a contemplar el panorama de España, de perspectivas oscuras, pesimistas, con un cielo gris completamente encapotado, iba a tomar el pulso de la Nación en los latidos del paisaje, al cual ya dió Diego de San Pedro en su «Cárcel de Amor» un sentido sobrenatural, trascendental y misterioso.

Voy a viajar queriendo huir de mí mismo, pero los problemas me siguen a todas partes como perros rabiosos.

En la estación, ajeteo de viajeros con equipajes heterogéneos. Una vez en mi coche, soy un ciudadano más en la pequeña nación del tren, compuesto de vagones, en los que veo representadas las provincias de que se compone todo Estado: de primera, segunda y tercera clase...

«Empezó el tren a trepidar», como dijo Campoamor en uno de esos versos tan suyos, preciosos por lo precisos, de suavidad que se desliza...

Los vagones están unidos entre sí por fuertes cadenas, y, sin embargo, todos tienden a separarse, y chocan unos con otros perturbando a los viajeros, ciudadanos del tren, que fuman, leen, charlan, comen, la mayor parte de ellos están dormidos y... ¡no hay quien los despierte!...

Todos tienen posturas de despreocupación e impasibilidad. Nadie está impaciente por saber si es bueno o mal conductor el que nos

guía; unos tienen confianza en su pericia, otros dudan de la seguridad del maquinista de «mono» azul, pero todos nos dejamos llevar por él, sin que nuestra mente esté preocupada ante la idea de un posible descarrilamiento.

Los frutales de las laderas, manzanos y perales, burgueses de los árboles, delicados y tímidos, se escapan, huyen del tren más que apresurados, con velocidad de vértigo.

Y los rieles, a ambos lados, diestro y siniestro —fíjalos bien en el significado de estas dos palabras—, siempre, siempre paralelos, nunca llegan a juntarse; solamente en lontananza se aprecia una unión química...

A los lados de la vía, luces y banderitas rojas. Silba la máquina que ve lo que se acerca con sus ojos de cristal, y su silbido agudo tiene algo de grito de alerta, aviso de la oscuridad que se aproxima, que se hace inminente. Nadie le hace caso ni le da importancia, y todos nos metemos en el túnel, tranquilos, confiados... ¿Porqué esto? ¿Qué explicación tiene esto? ¿Porqué preferimos meternos en la oscuridad del túnel a escalar trabajosamente las altas montañas viendo siempre la luz?...

Y una vez en las tinieblas del túnel, se encendió en el centro de mi compartimento una lucecilla tenue, en la que veo simbolizada la luz de la fe, que en estos momentos es débil.

Por fin, salimos del túnel; ya estamos ante Castilla, inmenso lago de arena; aquí la naturaleza se nos presenta árida; se agostaron los frutos de los cereales ¡pan nuestro de cada día!... y la palidez de la muerte está reflejada en la amarilla arena, ¡barro con que nos creaste, Señor!

Siguen las monótonas llanuras, y no veo aquellas mansas ovejas que en otros tiempos pastaban humildes, inclinada la cabeza, besando a la bendita tierra; ¿qué fué de ellas?... ¡ay! subieron al monte y se tornaron en lobos, después que absorbieron —¡hipócritas!— la savia vivificante...

¡Cuánta misería, ¡cuánta ruina y desolación!...

Pero aun queda algo de hidalgo en esta tierra heroica: el campo aparenta un sosiego bonancible de sueño en calma; las planicies parecen quietas y espiritualizadas, aires puros, frescos y saludables, nos llegan de las llanuras eternas... Los pueblos castellanos, nos dan en lección gráfica la táctica a seguir, agrupándose en torno a la Iglesia que los llama con voz cariñosa, por algo es Madre, en las radiantes alboradas y también en los tristes crepúsculos...



MEDITERRANEO

por Isidro Conde

divagaciones sobre la intransigencia

POR FERNÁNDEZ MOSQUERA

—Decididamente, me decía aquel amigo, la literatura de hoy ha bajado de rango. Sólo de cuando en vez alguna obra un tanto aceptable y en los intermedios amplísimos una serie de obras chabacanas que invaden los mercados.

Estábamos frente a una librería. Me llevó ante el escaparate. En comprobación de su aserto anterior me señaló los estantes prietos de obras literarias.

—Entre todo ese abarrotamiento de obras, ni una creación genial que merezca la pena. Si algo de literatura hay o son obras de trulucencia policíaca o misteriosa o de esa literatura fofa, enfermiza, con ese sentimentalismo estúpidamente dulzón de los tangos. Lo que desborda e inunda las librerías es esa literatura de circunstancias que pregona a gritos la pasión de una idea. Y es que el concepto espiritualista de la vida se ha perdido hoy en absoluto, prendido en una red de egolatrías personales...

Se detuvo un momento. Yo callé también para dejarle llegar a sus últimas consecuencias. Prosiguió en tono de convencimiento absoluto, dogmático.

—La vida de hoy es indiferencia muda y egoísta, donde las preocupaciones espirituales sobran...

—Sí, dije a mi vez. Algo hay de todo eso que afirmas. Pero el eje central del problema, no está ahí precisamente. Conforme en que toda nuestra literatura actual tiene un ansia de lucha, de polémica, Lucha de tendencias extremas que quieren ganar la hegemonía del pensamiento. Materialismo y espiritualismo. Civilización y barbarie. Salto atrás o camino hacia delante.

Todo ello responde únicamente a un anhelo del espíritu por encontrar la verdad en medio de los sofismas que sobrenadan en la superficie. No, no se vive en una indiferencia absoluta hacia los problemas del espíritu. Se navega en uno y otro lado, en busca del norte apetecido, sin encogerse de hombros ante la actualidad que interroga. Es la época de las posiciones rotundas, tajantes, que no saben de la ambigüedad de los términos medios. Los extremos y nada más que los extremos imperan. Aquellas doctrinas viejas que tenían como base un respeto benévolo a las ideas discrepantes, se echaron a un lado como lastre peligroso. La verdad es única y como única intransigente. No admite ni tangencias remotas con el error.

—Sin embargo, las ideas del adversario es preciso respetarlas. Sobre todo cuando el adversario las sustenta de buena fe, convencido de su bondad. La intransigencia es además

una huella troglodítica que es preciso conservar alejada.

—Perdón. Ese es su axioma estúpido del liberalismo que nos ha traído a este mar de calamidades que nos envuelven. Así, poniendo la verdad en el mismo plano que el error, cuando en realidad son como perro y gato entre los cuales es imposible llegar a una «entente cordiale». Se odian a muerte y se persiguen con encarnizamiento loco allí donde se encuentren. No es posible que congenien y muchísimo menos que se respeten. La verdad tiene el orgullo legítimo de ser única y no sería verdad si admitiese tangencias más o menos superficiales con el error. Claro es que esta santa intransigencia, destemplada y violenta incluso de la verdad, no implica desconsideración alguna para la persona —¡entiéndalo bien!— para la persona que sustenta ideas erróneas.

—No estoy conforme. Yo pienso como me da la gana y nadie tiene derecho a meterse con mis ideas. El pensamiento no delinque.

—Me parece, querido que tienes el espíritu saturado de unas ideas que fueron vértice del pensamiento de todo un siglo, y consecuencia próxima de las polémicas actuales enconadas por la violencia en la pasión que hace un rato deplorabas.

De esa misma ansia de posiciones tajantes que te decía hace un poco. Por esas ideas si que se hizo carne y vida de la sociedad esa indiferencia suicida por la verdad. Teniendo el mismo respeto para las ideas falsas que para las no falsas se fué sembrando el germen de la duda que hoy agiganta nuestras preocupaciones vitales, por la confusión de linderos marginales... y en cuanto a que el pensamiento no delinque te voy a contestar en la frase certera de Felipe Sassone: «En política dicen que no, pero no vas a pedirle moralidad a la política». Si el pensamiento sólo quedase dentro de la conciencia, sin buscar posiciones coincidentes con el pensamiento ajeno, aun pudiéramos admitir —en el terreno positivo nada más— esa irresponsabilidad absoluta del pensamiento que se exterioriza. Pero no es esa la realidad. ¿Es que sólo va a delinquir el que obra si obra quizás impulsado, ofuscado por el teorizar de un cualquiera que precedió a la acción? A la revolución francesa precedió la de los teorizantes de la enciclopedia. A la revolución rusa —causa de toda la decadencia actual de Europa— las doctrinas materialistas de Hegel y Marx. ¿Libertad para pensar? La base del liberalismo actual está en la Reforma protestante, primer intento de amplia libertad de pensar. Con la interpretación individual de la Biblia cualquiera pudiese creer

la última verdad sobre picasso

POR JESÚS BENDAÑA

El 25 de Octubre del año 81 nació en Málaga Pablo Ruiz Picasso el artista que treinta años más tarde había de iniciar junto con Gleices, Gris, Braque, Metzinger y otros la revolución en el mundo del arte.

En La Coruña comienza su vocación artística que más tarde se desarrolla en Madrid, Barcelona y París.

Picasso sufre en su proceso artístico continuas evoluciones hasta llegar a ser uno de los creadores del «cubismo científico». He aquí al Picasso que constituye la preocupación de críticos y artistas, su arte (?) es motivo de apasionadas críticas que establecen una marcada divergencia de opiniones. La exposición celebrada recientemente en «Adlan» en Madrid, las treinta telas expuestas en la galería de Paul Rosenberg de París, reviven las pasiones de los críticos. Cada nueva opinión, cada nuevo juicio sobre la obra de Picasso es un empeño en decir «la última verdad sobre Picasso». Todos los ismos tenían su núcleo original compuesto de un maestro, un apóstol con varios discípulos o simpatizantes que le rodeaban, los cuales inventaban un código de normas técnicas que practicaban hasta que un nuevo estilo, una nueva verdad hacía su aparición.

Así han surgido en el surrealismo Giorgio de Chirico, Max Ernest, Salvador Dali y Juan Miró, este último, pintor sin preparación académica de ningún género, sin ninguna condición para reproducir lo real.

En el cubismo, los ya citados al principio de esta crónica a los que debemos añadir a Pablo Ruiz Picasso.

* * *

Si arte es cristalización de la belleza, ya sea esta de orden real o de concepto ideal. Si belleza es armonía entre el ideal y las formas

lo que le diese la gana y todo estaba bien. Uno puede quitar como consecuencia de su examen una cosa y otro lo antipoda y las dos son justas y las dos son verdaderas. ¿No te das cuenta del contrasentido?

—Hombre, en ese caso concreto...

—Y en otro cualquiera de los muchos que se dan a diario entré los que piensan en la misma forma que tu ahora... Pero dejemos ya por hoy esta charla, que bastante hemos hablado. El tiempo es oro como dicen que decía Sherlock Holmes.

Me despedí de mi amigo que marchó no sé si convencido o fluctuante...

que lo plasman ¿qué relación existe entre Picasso y el arte?...

Toda obra de arte implica elementos de dos clases: los unos tomados de la realidad exterior (motivos); los otros procedentes del artista mismo (elementos fisiológicos, conscientes o inconscientes). En este caso, el artista introduce en el arte un ideal individual, pero inspirado en alguna forma tomada de lo real ¿existen en las formas plásticas de Picasso relaciones entre las formas realistas?...

El realismo está en obra, cuando el ideal está en el alma y que a fuerza de idealidad se adquiere contacto con la realidad. Pero en las obras de Picasso está ausente esa idealidad desde el momento en que lo sublime que busca el artista se ha convertido en jeroglífico para los demás. Picasso no toma los elementos de la realidad de la visión, sino de la realidad de conocimientos. No hemos de negarle condiciones, pero tampoco concederle lo que ya ha logrado un crítico tan autorizado como Camille Mauclair, el vapuleo magnífico que lo convierte en el fruto de un raro comercio artístico.

Técnicamente se llega a la definición estética del picassismo, pero, ¿no tiene el artista otra misión que la de pintar con formulismos complicados que impidan llegar al sentimiento del público?... ¿Para qué esa interpretación absurda que rompe todo intento de expresión ya que no es fácil hacer sentir ese mundo interior?...

Cuando Picasso trata de representar la realidad, «contempla con desinterés influenciado por su tendencia, deforma, estiliza, transforma, mezcla a la vez sensaciones y sentimientos, tal vez ideas», pero sus pobres convenciones de signos inventados, sólo viven al calor de críticos que se empeñan en encontrar una emoción en donde no hay más que zarpazos caprichosos.

Sin embargo, hay otro Picasso, el Picasso «verdad» que se manifiesta menos, pero que sabe que el arte, como ha escrito Bergson, «es una visión más directa de la realidad».

Hablar de Picasso como algo definitivo es algo atrevido. Para él «cambiar es evolucionar», si el artista modifica sus medios de expresión, esto no quiere decir que haya cambiado su mentalidad.

Por esto Picasso, percatado de lo absurdo de las abstracciones cubistas, aburrido de la rígida severidad cubista, no sería difícil que evolucionase hacia una forma más humana, y entonces podría escribirse «la última verdad sobre Picasso».

La Coruña, Mayo.

del modo y manera de peregrinar

POR ARMANDO DURÁN MIRANDA



La vida es la peregrinación por las sendas del tiempo. Avanzamos, de golpe, la indecisión de un cruce. Meditación y elección, reflexión y otra vez las canciones de marcha. Hoy, en una encrucijada con vientos confusos y voces desgarradas, se abren caminos de inconcretas lejanías. Vemos pechos encorvados y ojos clavados en tierra, oscurecidos de tanto gemir. A lo lejos horizontes de sombras jeremiacas y en las calzadas de España voces amargas fundidas en un clamor de lamentación. En medio de un pavor colectivo,

se abandona el rezo, se cierran los libros y los instrumentos pierden su rumor de artesanía.

Con duda de caminos nuestros pies se detienen. Elijamos la ruta verdadera de cruces y espinas y emprendamos la marcha, tensa el alma y alta la frente. Pisemos fuerte, que los ecos de nuestros pasos retumben magníficos, ya que pertenecemos a la raza privilegiada de los soldados de Cristo. Formemos la milicia del Señor de los ejércitos, encuadrémonos en ella con sentido castrense de férrea disciplina. Que no se vea entre nosotros un gesto afeminado de gemido pesimista, ni se oigan los gritos que arranca el dolor. Somos católicos y no sabemos más que de heroismos y de acallar un sufrimiento ofreciéndolo al Varón de dolores. Sabemos que la vida sólo se valora si se ha gastado en glorificar a Dios y se ha perdido para ganar la Vida, fijos los ojos en la luz.

Volvamos nuestras almas cara a Dios y

en alas de Fe remontemos nuestros espíritus. Oremos y velemos para no caer en la tentación. Sin un rezo continuo, sin la ejecución diaria de la voluntad del Señor, no se puede hacer labor que perdure en el tiempo, ni preparar eternidades de Vida. Sin la incorporación a la Verdad por medio de la Caridad, que no otra cosa significa Piedad, no se pueden elevar nuestros actos por encima del lodo de las pasiones humanas. Sin una vida interior no se puede prescindir de las rencillas mezquinas, ni continuar el trabajo cuando la envidia, la ignorancia o el rencor preparen celadas. Elevemos nuestro espíritu a Dios y confiemos en El, que más vale esperar en el Señor que en los príncipes. El nos hará escapar del lazo del cazador y de la asoladora pestilencia. Caerán a nuestro lado mil y diez mil a nuestra diestra más a nosotros no se acercarán.

Confiemos en Dios y pongamos todos los medios para servirle, que la confianza nos obliga a un trabajo intenso y viril sin desfallecimientos ni cobardías. Cumpla el artesano su deber y mejore su labor, que la Patria necesita una artesanía con alegría de trabajo y no un proletariado con hoces rencorosas. Cumpla la riqueza su fin social y busque en esencias cristianas la reparación de las injusticias cometidas, que hay mucho dolor muy cerca de nosotros por una mala distribución que está más próxima a los pecados capitales que al Evangelio. Menos limosnas a pobres que nos importunan con su insistencia callejera y más caridad y mejor cumplimiento de las normas propuestas en las Encíclicas, que para vergüenza nuestra se han publicado hace más de cuarenta años y no se han cumplido. Coja el estudiante sus libros e impóngase a todos por la primacía de su saber. En una palabra, cumplan todos los individuos y todos los estamentos de la Nación con su deber, dando a esta palabra todo su sentido cristiano.

Nosotros, jóvenes nacidos en medio de la lucha, hemos visto caer a nuestro lado el

la autonomía universitaria

POR ANTONIO ROYO VILLANOVA

Hace más de veinte años, el 1.º de octubre de 1914 me correspondió leer el discurso inaugural en la Universidad de Valladolid. Diserté sobre el tema: «La Nueva Descentralización», y allí desarrollaba la necesidad de que se descongestionase el Poder Central de muchas de sus atribuciones, pero no con un criterio de descentralización geográfica, sino de desintegración de fines y funciones públi-

.....

edificio sin cimientos de las ideas liberales, nosotros tenemos que arar su solar para plantar en sus surcos la semilla fecunda de la Verdad. Para ésto, puestas ya nuestras almas en tensión sobrenatural, hay que estudiar con ahinco, cumpliendo un deber que algunas veces será duro. Hay que estudiar para crear la minoría intelectual que encabeza todos los movimientos. Hay que estudiar para ocupar los puestos que nos corresponden y que por abandono y cobardía no están en su totalidad en las manos que debieran regírlas. Hay que estudiar no sólo lo que atañe a nuestras carreras, sino todo lo que forma el entramado ortodoxo con el cual se construye el edificio católico de la Patria. Nuestros estudiantes de Salamanca o de Alcalá estudiaban Teología y después conquistaban mundos o luchaban en Flandes. Garcilaso sabía de armas y de versos e Iñigo de Loyola fundó milicias de Cristo después de estar en las de España. Sin una armazón sólida no podremos nunca esperar en un porvenir venturoso.

Empecemos la labor por nosotros mismos rezando y trabajando —ora et labora—. Hagamos que nuestras ideas trasciendan —apostolado— a todos los que nos rodean. Ayudemos a crear hogares empezando por el nuestro, que hoy sobran casas en donde sus miembros se reúnen tan sólo para los actos materiales de almorzar o cenar, trágica influencia de una paganía. Y ya con nuestro hogar en marcha pensemos en el otro hogar de más envergadura, en ese hogar de hogares que es la Patria. Hasta que no sintamos el dolor de España como nuestro propio dolor, hasta que no volvamos a

cas dotando de personalidad jurídica y de autonomía administrativa a ciertas instituciones de carácter público y de interés general.

Una de ellas es la Universidad, que no debe depender del Gobierno, como la Universidad Napoleónica, que no debe depender de los Municipios, como los pobres Maestros de Escuela en el siglo pasado, que no debe depender tampoco de ningún poder regional ni mucho menos de un Patronato político como la pobre y desorbitada Universidad de Barcelona. Debe depender la Universidad *de sí misma* con plena autonomía. Ello no quiere decir que, gracias a esa misma libertad deje de sentir la legítima influencia de la región en que resida.

Así la Universidad de Barcelona dependiendo de sus organismos representativos compuestos de catedráticos y alumnos se preocuparía no sólo de la cultura española sino de la cultura catalana.

La Universidad de Santiago de Galicia, sin dejar de ser española, cultivaría con amorosa predilección la Historia, el Arte, la Literatura, la Cultura gallega, en fin, todas sus manifestaciones. No será libre ni autónoma la Universidad Española mientras no se sienta emancipada de toda tutela política. Ni los políticos nacionales, ni los políticos regionales deben poner sus manos pecadoras en la Universidad.

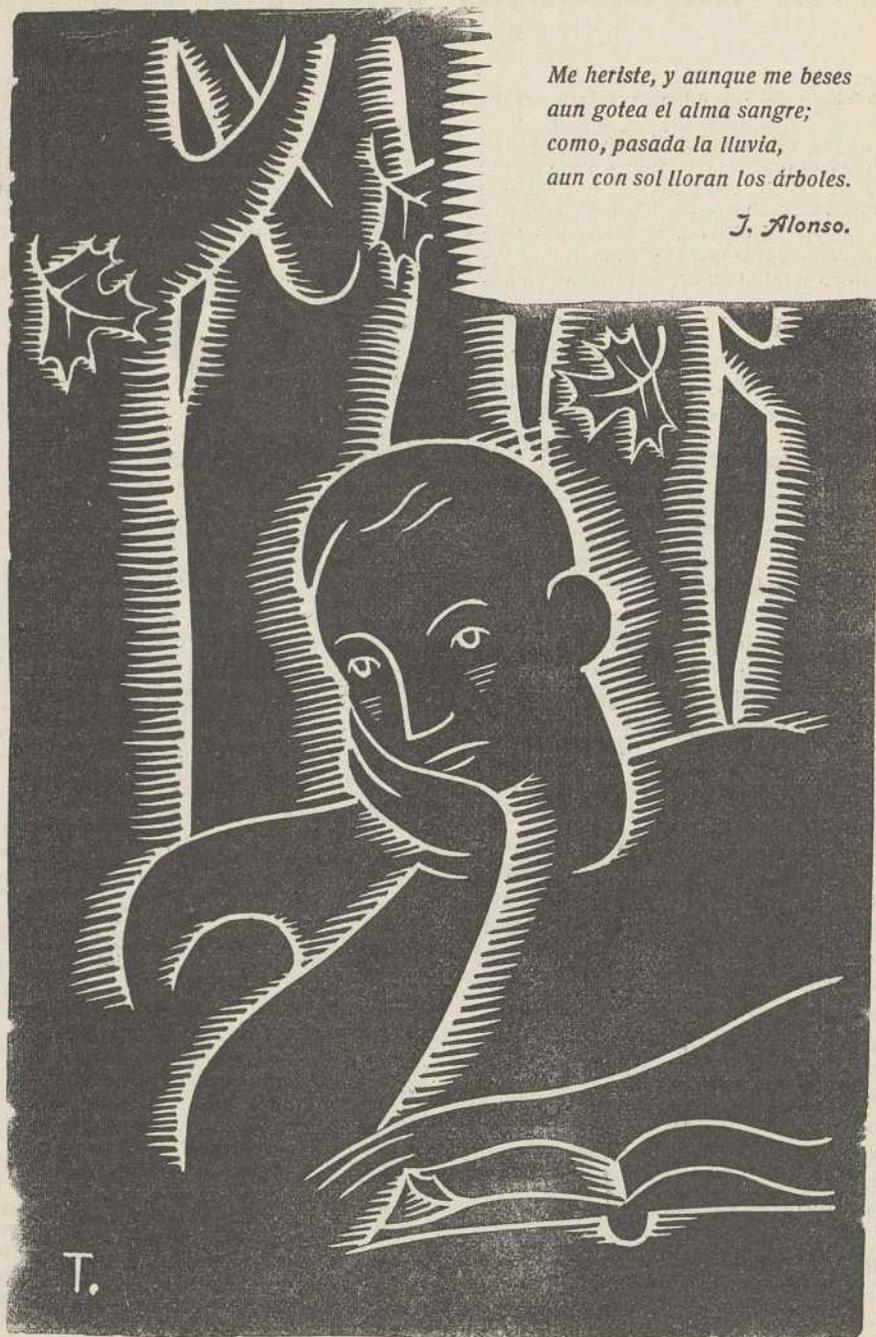
.....

ver la bandera española tremolando en los vientos del mundo con afanes católicos de misión, no podremos cesar en nuestra labor preparatoria que en los días gloriosos del futuro se convertirá en el trabajo más fuerte y más intenso de dar sentido ascendente a nuestra ventura.

Adelante. Caras alegres contra vientos tristes. Avancemos por la senda mientras florecen rosas de nuestra propia sangre en las agudas espigas que bordean el camino. Animo decidido, oración y trabajo, penitencia y estudio, todo para glorificar al Señor, todo por salvar nuestras almas, todo para rehacer la historia patria. Y si alguno, sumido en un mundillo de mediocridades y de falsas prudencias, si alguno no siente las divinas audacias de nuestra raza, dejémosle a un lado, sólo nos sirven los que llevando clavada en el alma la roja espada de la Cruz de Santiago, florecida en la sangre de las gestas hispanas, sientan la Patria y ofrezcan sus días para que Dios, nuestro Señor, pueda glorificarse en ellos.

*Me heriste, y aunque me beses
aun gotea el alma sangre;
como, pasada la lluvia,
aun con sol lloran los árboles.*

J. Alonso.



(Grabado de «Turas»)

actualidad de santo tomás de aquino

para los hombres de estudio

POR PAULINO PEDRET CASADO

El día 7 de marzo del corriente año había de hablar el autor de estas líneas en la velada con que los estudiantes católicos de Santiago acostumbran a homenajear a su Santo Patrono. No pudo aquella celebrarse, y las ideas que pensaba exponer y que había formado en una ligera meditación sobre el asunto, como no tuvieron la suerte de ser dichas, volvieron a perderse en el abismo de mis propósitos frustrados, como tantas otras más de destino parecido amadas con ilusión primero, pero muy pronto abandonadas, ya por fracasos externos, a los que soy muy sensible, ya por diversas sollicitaciones con que la vida nos llama aún a los más enemigos de entrometernos, si no es para contemplarlo, en el barullo continuo de las cosas y de los hombres.

Pero hace unos días se me acercó mi amigo el Sr. Conde a pedirme un artículo para la hermosa, juvenil y católica revista ABRENTE. No podía negarme; así es que me puse en seguida a pensar sobre un tema que pudiese ser oportuno y se me ocurrió que discurrir unos momentos sobre el Ángel de las escuelas remozando tal vez las ideas que a principios de marzo sobre él tenía, no estaría fuera de lugar en una publicación así y tratándose de un Santo muy estudioso y muy sabio, modelo en su juventud de estudiantes y por añadidura Patrono de ellos. Ciertamente que mi conocimiento de él es pequeño, pero tengo una idea acerca de su valor en la Historia de la Cultura y de la Iglesia y quiero exponerla, aunque por la vaguedad de sus contornos y tal vez por el demasiado subjetivismo de ella no tenga otro valor que el de ser una manifestación de mi ser íntimo, y esto si llega a ser bien desarrollada, lo que tampoco me parece fácil.

El nacimiento de Santo Tomás de Aquino tuvo lugar en 1225 probablemente, y su vida no llegó a durar cincuenta años. Cuando nació, el recuerdo de Inocencio III, el mayor Pontífice de aquel siglo en que hubo tantos grandes, era mantenido dignamente por su sucesor Honorio, del mismo número, en lucha diplomática con el astuto y rebelde emperador Federico II, heredero por su madre Constantza del reino de Nápoles, al que pertenecían los padres de nuestro Santo.

El conde Landolfo de Aquino era partidario del emperador en sus discordias con Gregorio IX sucesor de Honorio, y al ofrecer a su hijo en 1231 al monasterio benedictino de Monte-

casino, el más importante del Sur de Italia, quizás quiso con ello congraciarse el ánimo de los monjes y conseguir más tarde el báculo abacial para su vástago, apartando así al monasterio de la política güelfa. Pero el haber pasado nuestro Santo en 1236 a Nápoles, donde estuvo hasta 1244 estudiando en la Universidad fundada por el referido emperador, vino a echar por tierra los planes de su padre. Como allí conoció la Dialéctica aristotélica, que tan magistralmente había de dominar un día, también supo de la Orden nueva de los Predicadores, que con su lema de pobreza y de caridad como su hermana la franciscana tantos jóvenes ilustres y de talento, estudiantes principalmente, estaba atrayendo al claustro.

En la riente ciudad italiana tomó el hábito dominicano y en 1245, anheloso de saber y con el reflejo en su conciencia de tantas esperanzas en él puestas por sus superiores, entraba en la capital de Francia, centro de la ciencia teológica en toda la Edad Media, para estudiar las Disciplinas Eclesiásticas al lado del gran maestro de su misma Orden San Alberto el Magno. Cuando éste se trasladó en 1248 a su patria alemana para fundar una escuela de enseñanza superior dominicana en Colonia, le siguió su discípulo y allí continuó estudiando. En 1252 empieza su profesorado como bachiller de Teología en la Universidad de París, pero hasta 1256 en que el Papa Alejandro IV dirimió en favor de las Ordenes mendicantes el pleito que los profesores seculares tenían contra aquéllas sobre el derecho a enseñar en la Universidad, no recibió la «licentia docendi». En París estuvo hasta 1259. Es entre esta fecha y 1264 cuando compuso la «Summa contra Gentiles», riquísima en ideas dentro de la concisión más acabada, e insuperable monumento de la Apologética cristiana.

Con los Papas franceses Urbano y Clemente IV (1261-1268), fué teólogo de la Curia pontificia con un breve intervalo de profesor de la escuela dominicana en el recogido convento de Santa Sabina en Roma. El segundo de aquellos le ofreció el Arzobispado de Nápoles, que él humildemente no aceptó, y por aquel entonces conoció a su hermano de hábito Guillermo de Meerbeke, penitenciario de Clemente IV, cuyas traducciones —directas del griego— de Aristóteles, que su maestro San Alberto le había enseñado a preferir a

Platón, tanta luz iban a darle para la defensa de las doctrinas peripatéticas en su gloriosa «Summa Theológica». Esta síntesis de sus conocimientos y de su vida de estudio fué empezada en esta época y continuada en su segunda etapa de profesor en la Universidad de París, desde 1268 hasta 1272, en que fué encargado de la creación de una facultad de Teología en Nápoles, cuya Universidad tantas vicisitudes había sufrido en sus pocos años de vida.

Gregorio X, que había sucedido a Clemente IV y que abrigaba muchas esperanzas de unión de la Iglesia griega con la Romana, para lo cual había convocado un Concilio universal en Lyon, invitó a aquél a Santo Tomás como a su hermano de hábito el Cardenal Pedro de Tarantasia, más tarde Inocencio V, y a su compañero de licenciatura en París el franciscano, también Cardenal, San Buenaventura.

Puesto en camino nuestro Santo, a poco de emprenderlo, se sintió enfermo. Y en el monasterio cisterciense de Fossanuova, cerca de Terracina, donde se refugió, murió el 7 de marzo de 1274 prematuramente envejecido.

La vida de un hombre eminentísimo no está sabida con el conocimiento de unas fechas y de unos datos de la personal que tuvo, sino que es preciso informarnos sobre cómo ha continuado viviendo en la posteridad y aún también como ha impresionado a los contemporáneos que tuvieron la suerte de entrar en relación con él. Aun de los sabios más abstraídos de las minucias de la vida vulgar, los que con ellos trataron suelen comunicarnos quizás más que la admiración a su saber rasgos de su carácter y de sus costumbres. Pero sobre este último extremo son muy pocas las fuentes que se refieren a santo Tomás. Consagrado totalmente a la ciencia y a la virtud, sólo se nos aparece la parte afectiva de su vida en unos cortos y sublimes elogios de sus mismos adversarios doctrinales y en alguna dedicatoria tiernísima con que encabeza una obra.

Pero en cambio su vida es un manantial fecundísimo de inagotables consideraciones, principalmente para el estudioso católico. Hijo de nobles, no satisfizo su vocación religiosa en las Ordenes antiguas, cuyo rango social se había ido elevando con los siglos hasta llegar a obscurecer a altos dignatarios de la clerecía secular, sino que buscó una Orden mendicante para satisfacer sus ansias de apostolado, que apostolado y ciertamente meritisimo es el de la ciencia. Acostumbrado a la soledad desde sus tiernos años de Montecasino, donde la vida interior se engrandeció, no tuvo cerrados los ojos para la naturaleza, cuya inmensa variedad supo captar y organizar en su mente componiendo aun en una época en que los espíritus no estaban atentos al sentido histórico una síntesis tal

vez la más perfecta a que ha llegado el genio humano en el orden del pensamiento. Anheloso de saber, asistió a las aulas más celebradas de la Universidad más preclara y buscando en un solo y sapientísimo maestro al mentor y guía de su vida, se libró del autodidactismo, tan abundante siempre por las deficiencias difícilmente corregibles de los maestros, que tanto tiempo hace perder y cuyos resultados aún en los talentos más privilegiados son necesariamente raquíticos.

Pero no se sometió ciegamente a las enseñanzas del mentor, sino que, percatado de la corriente inextinguible de la cultura, con un sentido crítico a la sazón no frecuente trató de llegar a las fuentes puras de la que entonces empezaba a germinar, y, atraído por ella, la adaptó a los eternos postulados de la razón humana iluminada por la fe; por esto además de portentoso organizador de conceptos fué creador. Nacido en la alegre y clara tierra del Sur de Italia, en que el sol no es avaro, y merced al cual las sombras clásicas que allí duermen parecen revivir entre las flores y la fronda, tuvo la suerte de pasar a habitar durante años junto al Sena nebuloso donde empiezan las iglesias que apuntan sus arcos para aprovecharse de la escasa luz ambiente y de escuchar a orillas del Rin romántico las leyendas cuajadas de sentimientos tiernísimos de los pueblos germánicos, casi vírgenes entonces de civilización y de vicios, con lo cual tuvo ocasión de contrastar las diferencias de temperamento de tres grandes pueblos.

Feliz con su saber, con el continuo destilar de nuevas ideas en su conciencia, con el indefinido vivir gozando de la mente que sabe organizar lo que va aprendiendo, no quiso interrumpir su dicha con cuidados pastorales, ni siquiera a él, que había sido consejero de dos Papas, le hubiese agrado que el ilustre Pontífice que elevó a sus compañeros de profesorado a la Sagrada Púrpura quisiese honrarlo con igual honor. Amó a la tradición científica como debe amarse, como principio de una elaboración propia indispensable, como fuerza auxiliar del pensar de cada uno, como expresión sincera y lograda de la Humanidad que pasó. Perspicaz y sereno para comprender que cuando una idea es desinteresadamente pensada, aunque sea errónea, alguna nota de verdad encierra, extrajo las que había de ésta en la filosofía aristotélica y la cristianizó así, corrigiéndola y vivificándola con la savia del Evangelio y del dogma católico, como Dios quiera que en estos tiempos en que se acaba una Edad de la Historia otro genio de temple parecido embeba y organice con espíritu cristiano la Economía, que es la ciencia de máximo prestigio hoy.

Porque sólo puede hacer una labor beneficiosa para todos los humanos e imperecedera el sabio que, como el Doctor angélico, pone sobre todos sus amores el de la predicación

casi con pluma ajena

POR ANDRÉS LAGO CIZUR

Casi con pluma ajena me permito llamar la atención de todos los bien queridos congregantes marianos, lectores de esta Revista, acerca de un hecho harto repetido para perdonado. Lo anatematizó en reciente escrito alguien plenamente autorizado para hacerlo, J. Alonso, con las siguientes frases: «Los paseos de las ciudades y los caminos retirados de las aldeas se han convertido en escenarios de ridículos amartelamientos; ¿qué digo?, en cementerios de almas muertas. No saben los jóvenes de ahora ni entenderse, ni divertirse, dentro del anchuroso campo de lo permitido; tan pronto despunta la confianza, mordisquean la manzana del árbol prohibido, desgajando antes todas las ramas del pudor»... Exacto; así enlodan esos loquillos las aguas que ellos mismos han de beber. Y ellas, ¿con qué rostro presentarán mañana sus quejas, si el compañero del hogar alevemente las traiciona?

Ridículos llama J. Alonso a los nuevos modos en que el noviazgo se desarrolla; y ahí quedarían, de no incurrir, además, en la torpeza carnal. Y en ella incurren día tras día, noche tras noche, multitud de parejas que más parecen «ayuntados» por el cinturón de Venus, que hijos de Dios y herederos de un reino.

En su oportuñísima obra «La Moralidad

de la doctrina de Cristo y de la divinidad de su Iglesia con su palabra y con su ejemplo, sabedor, precisamente por la grandeza de su espíritu, de que la incomparable virtud de la caridad, que tanto entusiasmo y con cuya capa se cubren tantos indignos, se encuentra sólo en el que conociéndolo ama a Dios y ve reflejada en los hombres toda la imagen de El y el mandato dulcísimo con que El quiere ser honrado en el amor entrañable a las criaturas humanas.

Santiago, mayo de 1936.

en quiebra» que con todo interés recomendando a mis jóvenes lectores, dice Antonio G. Figar estas palabras: «El tipo moderno de enamorado corriente es el atrevido —no escribo *sinvergüenza*, por si pareciere demasiado dura la palabra—. Las fórmulas establecidas por el tiempo y la buena educación las pone a un lado para hacer su presentación en la desnudez de toda cortesía y caballerosidad. Sus crudezas quiere se le tomen por agudo ingenio, como si los instintos caminos fuesen eso al buscar su satisfacción tras de una puerta oscura o en alejado paraje de un paseo. En el asedio que inicia está la voluntad de acabar cuanto antes con las bellezas visibles y ocultas de la mujer, sin medir perjuicios ni deshonras, sin percatarse de que faltando al pudor de la mujer ajena, falta a la honra de sus hermanas hoy, y de sus hijas, mañana».

Sabido es que en lo social y en lo político, como también en lo científico y en lo artístico, a diario se descubren y consolidan distintas reacciones. Mucho más urgente es la reacción moral; sin ésta, todo otro esfuerzo es casi nulo. Y uno de los puntos en que debe iniciarse la reacción, es en el de las relaciones con miras al matrimonio. Corrompido el hogar por el ceno que allí amontonara un noviazgo impúdico, corrompida queda la sociedad. Medítenlo muy despacio los más interesados en alejar de su vida tamaña maldición, y graben en la memoria estas palabras de J. Alonso: «Joven congregante, no asesines el honor ajeno»... Por mi parte, un consejo de orden práctico: acércate, durante el tiempo de relaciones amorosas, al tribunal de la Penitencia y a la Mesa eucarística, con más frecuencia que nunca. Si los amores de la tierra ahogan los amores del cielo, es señal de que vas por mal camino.

orientaciones modernas del protestantismo

POR ANTONIO LÓPEZ DE SANTA ANNA

¡El mundo disidente mira a Roma!... He ahí la exclamación unánime de los actuales apolo- gistas católicos a vista de la marcada evo- lución derechista del Protestantismo sincero; consoladora exclamación, que responde no a un deseo, ni a un mero sentimiento, sino a una realidad tangible.

DIVERSOS PROTESTANTES

Llamamos *sincero* al Protestantismo, pero en parte, no a todo él; creemos a muchos protes- tantes en ignorancia invencible, al menos por el momento, y llenos de la mejor voluntad de practicar la verdadera religión para sal- varse; veamos dos testimonios entre muchos.

El célebre ministro anglicano, convertido, y hoy ya sacerdote católico, Rev. Vernon John- son, nos dice en su libro *One Lord One faith* (un Señor y una sola Fe): «Por aquel tiempo ya habían transcurrido trece años desde mi ordenación sacerdotal en la Iglesia Anglicana, como anglocatólico, y por diez años había sido miembro de una Hermandad anglicana (franciscano), y nunca la Iglesia Católica se presentó a mi mente como un problema»; y el también convertido inglés, Mr. James T. Vocelle escribe en la revista *Commonweal* (28 octubre 1931): «Me parece que una cosa, en que no se fijan lo bastante muchos católi- cos, es en que los protestantes tienen una manera de ver las cosas y de pensar del todo diferente de los católicos, y que miles de protes- tantes hacen esto con la misma buena fe y lealtad con que lo hacen los católicos... Habiendo yo sido educado en el Protestantis- mo puedo dar testimonio de ambas maneras de ver y de pensar...»

Hay, en cambio, una gran masa protestante, que no es sincera, ni en sí, ni en sus relacio- nes con nosotros. Les falta la sinceridad sub- jetiva porque no tienen fe, ni sentimientos profundamente religiosos; véanse, sino, las siguientes horribles y ateas palabras nada menos que de un Obispo anglicano, el Reve- rendo Hereford (citado por Clivelli en *Direc- torio Protestante*, p. 68): «El nacimiento virginal de Cristo es cuestión que puede debatirse, lo mismo que su resurrección. Los milagros del Señor no son hechos reales; el cuarto Evangelio no puede ser considerado como histórico y el mismo Cristo creyó en cosas, que no son verdaderas, y se equivocó en sus enseñanzas». Al faltarles la fe a esta clase de protestantes, les falta el verdadero espíritu de toda religión sincera, y ya no les queda sino la práctica de una costumbre racial o nacional, de donde les viene el odio contra el Catolicismo, al que consideran como exótico,

como instrumento de una potencia extranjera inferior a sus metrópolis sajonas o anglosajo- nas y la intransigencia irreductible en no admitir *a priori* cuanto sea de procedencia católica; por eso escribe claramente el Reve- rendo Patrick J. Healy en *Catholic Historical Records and Studies* (vol. XXI, 1932): «El prin- cipio común y unificante del Protestantismo de hoy es idéntico al que dominó en todos los períodos de su historia, o sea la conciencia de su separación; este sentimiento de separa- tismo se funda en la idea, que originó su re- belión, y su razón de ser pide que haya una continua desavenencia con Roma». Por eso tienen buen cuidado en dar el título de *na- cionales* a sus confesiones: Deutsche Kirche, Iglesia alemana; English Church, Iglesia ingle- sa, y en cambio, a nosotros, más que católi- cos, quieren llamarnos latinos, italianos o ro- manos, que para ellos es lo mismo, Roman Church.

Ya que la brevedad nos impide presentar una síntesis completa, fijémonos, al menos, en algunos rasgos marcados de la sincera orientación de gran parte del Protestantismo moderno.

LOS EPISCOPADOS AMERICANOS

Citemos en primer término a los episcopa- lianos de Norte América. La Iglesia Episcopal Americana fué una desmembración de la Ang- licana a raíz de la independencia de los Es- tados Unidos (1783); admite el símbolo de los Apóstoles y el de Nicea como fundamento de su fe, el Libro de rezos de los anglicanos (Prayer Book) y los 39 artículos anglicanos, aunque con modificaciones. Administran el Bautismo y la Comunión como verdaderos sacramentos y los otros cinco como ritos sa- cramentales; digo los otros cinco, pues hasta hay algunos que, a voluntad, practican una especie de confesión oral o acusación genera- lísima, seguida de la absolución, ordinaria- mente deprecativa.

La veneración, más que culto, a los Santos está admitida; por eso en la nueva gran cate- dral episcopal de Nueva York, consagrada a San Juan el Teólogo (así les agrada llamar al Evangelista), está en el altar mayor el Calva- rio con las tres imágenes de Cristo, la Virgen y San Juan, y en la enorme ábside se ven en tres filas paralelas, de abajo arriba, las esta- tuas de bulto, primero de los Apóstoles, des- pués de los Santos Doctores griegos y por último de los latinos. El Reservado se tiene también en algunas iglesias para llevar el

Santo Viático a los enfermos. Y finalmente, ateniéndose a la Bula de León XIII, en que declaró inválidas las órdenes anglicanas, para estar seguros de su legítima ordenación acuden a Obispos Cismáticos griegos o rusos y a los Jansenistas holandeses, sin fijarse o sin dar importancia al sacrilegio y simonía, que esta página encierra.

ORDENES Y COFRADÍAS EPISCOPALIANAS

Entre las Ordenes religiosas y Cofradías de la Iglesia Episcopal véanse con la natural admiración las siguientes: Unión de todas las almas para pedir por los moribundos y por todos los fieles difuntos; Cofradía del Nazareno para pedir a Dios la curación de los enfermos por la oración, la santa unción y la imposición de las manos; el Rosario viviente de Nuestra Señora y de Santo Domingo para fomentar la devoción a Nuestra Señora; el Apostolado de la Oración para aumento de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Tienen también Ordenes y Congregaciones de religiosos, como la Orden de San Francisco para hombres, que quieren seguir la Regla del Santo; la Orden de Santa Ana para señoras con los tres votos canónicos, dos años de noviciado, tres de votos temporales y luego profesión perpetua; las Pobres Clarisas de la Reparación y Adoración con clausura, son religiosas dedicadas a la perpetua adoración e intercesión ante el Santísimo Sacramento. (Véase *The living Church Annual*, de 1932, p. 214 y sigs.) ¿Puede darse un acercamiento mayor a Roma?

INVITACIÓN A LA UNIÓN

Veintinueve altos dignatarios de la Iglesia Episcopal acaban de dirigir recientemente un mensaje a la opinión pública invitando a la unión con la Iglesia Católica; en él dicen estas textuales palabras: «Hay que reconocer que sólo Roma ha de ser el centro de la unidad y de la resistencia». El dicho mensaje ha causado extraordinaria conmoción en los círculos religiosos de Norte América y la prensa entera le ha dado grandísima atención.

LOS ANGLO-CATÓLICOS

Tan favorable a la unión con Roma es el ambiente entre los llamados anglocatólicos de Inglaterra, lo prueba, además de otros hechos, el espléndido manifiesto de 1.º de octubre de 1932, a propósito del primer centenario del llamado Movimiento Católico de Oxford (14 de julio 1833), en que se convirtieron Newman, Faber, Marshall y todos aquellos; dicho manifiesto estaba firmado por 49 sacer-

dotes anglicanos y en él se hacía un entusiasta llamamiento a todos los protestantes ingleses a que se unieran con la Iglesia Católica Romana. No menos significativas fueron las reiteradas invitaciones de la importante revista anglicana *Church Times*, a principios de 1933, para unirse a la Iglesia Católica en la celebración del Año Santo de la Pasión.

CONCLUSIÓN

Por falta de espacio, no consignamos otros interesantes datos de los protestantes más modernos, como los Adventistas, Pentecostales, Cristianos Cientistas, Ejército de Salvación, Asociación Cristiana de Jóvenes y otros, que demuestran la orientación del pensamiento protestante moderno hacia la única verdad inconcusa, la Cátedra de Pedro en Roma. Sirvan de ejemplo estas elocuentes frases: «La situación fragmentaria de nuestras Iglesias, dice una revista de ellos, es para muchos el argumento final de que el Protestantismo no puede darles la paz y unidad, que ellos buscan para sus almas (*Student Volunteer Bulletin*)» —y aun más claro todavía el Rmo. Sr. Obispo anglicano de Canterbury (en *The Month*, julio 1932): «Todos debían de reconocer su culpabilidad en la división del Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia, la cual división es contraria a la voluntad expresa de Dios».

No hay, pues, duda, los protestantes de buena fe, cansados de tantos errores y vacilaciones, intranquilos en su conciencia, inseguros de su religión y de su salvación eterna, miran a Roma, como a puerto seguro en el naufragio de su fe, miran a la Iglesia Católica; nosotros, los que felizmente hemos nacido en su seno, no apartemos de ella nuestra vista; nosotros, los que nacimos de madres católicas; nosotros, los que creemos firmemente en las indubitables palabras de San Pablo a su discípulo San Timoteo: «La Iglesia es la columna y el fundamento de la verdad» (I. Timot, 3, 15).

«En vano edificaréis iglesias, llevaréis a cabo obras piadosas; todo ello no será nada si no tratáis de levantar una verdadera prensa católica, fuerte y sana».

Lector: en la medida de nuestras posibilidades procuramos dar realidad a las palabras del Papa. Apostolado fervoroso y hondo al que tú puedes unirte prestándonos la ayuda que para llevarla a cabo es necesaria. Tu suscripción, tu anuncio, tu propaganda. Pequeño sacrificio para tí. Incontrastable vigor y aliento para nosotros.

la iglesia y los partidos políticos

POR EDNOC

Siguiendo la doctrina que nos enseñan los Papas, ya en encíclicas, ya en cartas pastorales, podemos afirmar que la Iglesia se encuentra fuera y por encima de todos los partidos, de su actividad política y de sus competencias de carácter técnico.

Por estar la Iglesia fuera y por encima de la actividad política de los partidos no debe, pues esto sería rebajar su misión, intervenir en los programas de los mismos si éstos no son «contrarios a los principios de la religión y de la moral cristiana». Por esto, cuando León XIII envió a los monárquicos franceses su famosa Encíclica *Au milieu des sollicitudes*, mas conocida con el nombre de *ralliement*, no obligaba a los católicos a abdicar de sus ideas tradicionales para adherirse a la República, pues el mismo León XIII asegura que la Iglesia «no encuentra dificultad en avenirse con las diversas instituciones civiles», sino que fué un paternal consejo que el Papa dió a los monárquicos franceses, aconsejado entre otros por el Cardenal Lavignerie, creyendo de la mejor buena fe que al pasarse a la República la gran mayoría, por no decir la totalidad, de los católicos de la nación vecina, cesaría el malestar espiritual y la persecución a la Iglesia, cosas que desgraciadamente no ocurrieron como el Pontífice esperaba.

Como la Iglesia y el representante de Cristo en la tierra no pueden ni deben intervenir en la actividad puramente política de los partidos, tenemos que en una misma nación pueden existir varios partidos permitidos por la Iglesia si sus programas y actividades nada contienen que sea «contrario a los principios de la religión y de la moral cristiana».

Pero para que esto suceda es preciso que dichos partidos se diferencien únicamente en las partes de su programa que sean puramente políticas, y así tenemos que dos partidos cuyo programa es netamente católico pueden defender, el primero la Monarquía y el segundo la República, el uno el régimen corporativo y el otro el régimen mayoritario, uno el sistema unitario y otro

el federal, etc. Pero es necesario que tanto el uno como el otro no tengan en sus postulados político-sociales nada que contrarie el dogma y la moral que la Iglesia inculca.

Por eso mismo, entre estos varios partidos que tienen una doctrina en todo conforme con las enseñanzas de la Iglesia Católica, puede existir, y de ordinario existe, una lucha para hacer prevalecer sus respectivos programas políticos; lucha que a pesar de ser entre partidos afines en materia religiosa es perfectamente lícita, pues como dice León XIII en su Encíclica *Sapientiae christianae* «No hay duda de que es lícita alguna lucha en las cosas públicas cuando se combate, salva la verdad y la justicia, con la intención de que triunfen, de hecho y en la práctica, aquellas ideas y sistemas que parecen conducentes al bien común. Pero traer la Iglesia a un partido y pretender que ella dé el brazo para superar a los adversarios políticos, es cometer un abuso enorme con la religión».

En este último párrafo vemos que ningún partido puede tomar el nombre de la Iglesia para sus campañas políticas, y con este mismo motivo en la Encíclica *Cum multa* se dice que «es indiscreto que se quiera monopolizar la Iglesia por un partido político».

Esta doctrina no sólo la ha seguido la Iglesia en la teoría sino que la ha llevado a la práctica, y así tenemos que cuando en Italia existía el llamado Partido Populista Católico, del que fué director y organizador el célebre político Dom Sturzo, la Iglesia declaró que este partido no representaba ni a la Iglesia ni a los católicos en cuanto colectividad, pues la religión no puede tomarse como signo de diferenciación política y por lo tanto ningún partido podrá llamarse propiamente católico aunque todos los miembros que lo compongan sean católicos y su programa esté inspirado en los principios de la Iglesia.

Esta misma doctrina se puede aplicar al que hasta hace unos años fué el Centro Católico Alemán dirigido por Brüning, y a

nuestro concurso de cuentos

Hemos de subrayar ante todo —congratulándonos intimamente de ello— el entusiasmo que entre nuestros lectores despertó el concurso de cuentos que en el número actual finalizamos. Índice feliz de nacientes y ya acusadas direcciones literarias, vocaciones que despiertan ante el estímulo del concurso, han llegado a nuestra Redacción multitud de cuentos que se atropellaban unos a otros en encarnizada

otros partidos más modernos que nacieron al calor de las circunstancias y que tienen por guía la doctrina de los partidos más arriba citados.

En la Carta Pontificia dirigida al Episcopado de Portugal en 18 de diciembre de 1919, nos encontramos con la declaración terminante de que la Iglesia puede «asumir hacia los partidos una actitud de reprobación y de censura cuando éstos vengán a ponerse en oposición con los principios de la religión y de la moral cristiana», y así, cuando Pío XI condenó a la Action Française, que es un partido en el que la inmensa mayoría de sus miembros profesan la religión católica, no fué por sus ideas políticas, perfectamente lícitas aunque sean contrarias a la legalidad estatuida, sino que la repulsa fué principalmente porque sus directores, como León Daudet y Charles Maurras, por tener algunas ideas religiosas contrarias al dogma, exponían a sus asociados, y más particularmente a los jóvenes, «a direcciones e influencias peligrosas para la fe y para la moral, para la educación y la formación católica».

Por todo lo expuesto podemos afirmar que la política de la Iglesia respecto a los diversos partidos, es de una amplia libertad, pues como dice el Pontífice actual S. S. Pío XI, «nadie impide que los católicos particularmente formen parte de los partidos cuyo programa y cuya actividad no tenga nada de contrario a la ley de Dios y de la Iglesia» y esta libertad sólo se coharta cuando los partidos «vengán a ponerse en oposición con los principios de la religión y de la moral cristiana» y en este caso la Iglesia y el Papa que la representa, puede asumir hacia ellos «una actitud de reprobación

persecución de una prioridad cronológica que a todos seducía, porque cuanto antes querían ver publicada su aportación al concurso. Entre ellos ha habido aciertos literarios indiscutibles, promesas tangibles de futuras realidades que aparecerán ahora descolando su primacía entre las inevitables ingenuidades de la novatada. No apareció, naturalmente, el cuento señero, perfecto, que se impone imperiosamente sobre todos por sus méritos, pero no hemos de olvidar que nuestro concurso se abrió exclusivamente para principiantes y dentro de unas bases de tan concretos y cortos límites que impedían esencialmente el máximo rendimiento.

El Jurado —prestigiosísimos escritores gallegos que muchas veces han lucido su pluma en la gracia racial de cuentos *enxebres*, filigranas de arte y de humorismo auténtico— ha otorgado el premio de este concurso al cuento titulado «Un asesinato espeluznante» original de Adolfo Fojo Colmeiro. El prestigio de los componentes del Jurado, unido a la imparcialidad absoluta que han puesto en el fallo, dan a éste una autoridad máxima y al premiado el galardón más apetecible para sus entusiasmos.

Ahora sólo nos resta, antes de copiar el acta que desarrolla el fallo, dar la más rendida expresión de nuestro agradecimiento a los señores D. Avelino Rodríguez Elías, D. Jaime Solá y D. Francisco Sánchez García por la afectuosidad cordial con que acogieron nuestro requerimiento.

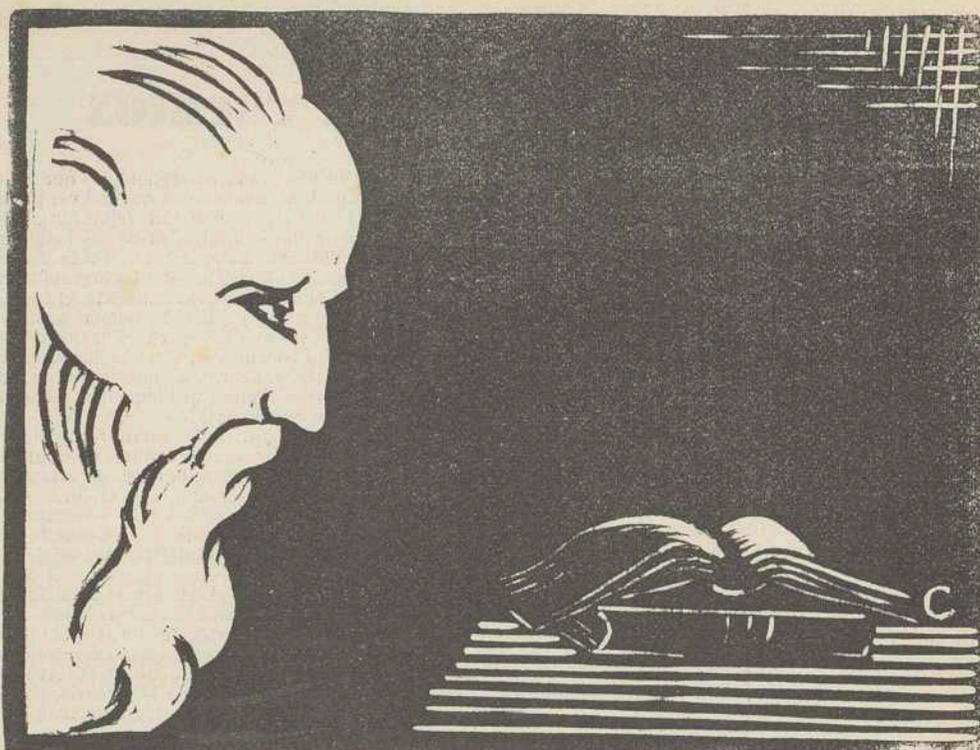
ACTA

Reunidos D. Avelino Rodríguez Elías, D. Jaime Solá y D. Francisco Sánchez García, encargados por la Redacción de ABRENTE para ver y fallar el concurso de cuentos humorísticos abierto por la citada Revista, y examinados detenidamente los trabajos que, perteneciendo a tal concurso se han publicado en las páginas finales de la misma, acuerdan otorgar por mayoría de votos, el primer premio al cuento titulado «Un asesinato espeluznante», original de D. Adolfo Fojo Colmeiro, publicado en el número correspondiente al mes de diciembre de 1935.

También obtuvo un voto el cuento titulado «Crisis en Acción», original de D. José M.^a Guerra Asorey.

Y para que así conste, firmamos la presente a 17 de mayo de 1936.—*Avelino Rodríguez Elías, Jaime Solá, Francisco Sánchez García.*

y censura» en defensa de los inmutables principios de la religión, pues al contener en su programa «algo que contradiga a ley divina o natural, la dignidad y obligación del nombre cristiano aconsejan que se ha de obedecer a Dios antes que a los hombres». (*Quod Apostolici*).



cronos

por enrique romero archidona

*Mira como te haces viejo
sin tú poderlo evitar;
como se nublan tus ojos;
como se arruga tu faz;
como el cabello encanece
y se hace lento tu andar;
mira como te aproximas
al incontrastable imán
que lleva tu rumbo —magnética aguja—
hacia el infinito de la eternidad.*

*Mira como te haces viejo
sin poderlo remediar;
como te pesan las alas*

*de esta única verdad
que poda tus ilusiones,
marchitas en esperar.
Como se inclina tu cuerpo
por la senda donde vas,
que un día cercano cubrirá, piadosa,
con el polvo eterno de la eternidad.*

*Aunque ya no te conoces
y has cambiado, cambiarás
una vez y otra y otra,
y volverás a cambiar...
que es un trueque sempiterno
de un afán por otro afán
este lento envejecer
entre las olas de un mar
que lleva tu rumbo —magnética aguja—
hacia el infinito de la eternidad.*

*Aunque ya no te conoces
porque tienes otra faz;
unos cabellos más blancos;
menos fuego en el mirar;
los pasos más inseguros;
menos sueños en agraz,
mira como te haces viejo
siendo el mismo, y nada más...
Y un día cercano, morirán de frío
todos tus ensueños en la eternidad.*

Vigo, mayo, 1936.

el alma no muere

POR J. A. ORTIZ

Vamos a emborronar cuatro líneas con unas cuantas ideas tomadas al vuelo, ya que los libros y el tiempo escasean, dadas las malditas circunstancias. Hay quienes se ríen estrepitosamente cuando se les recuerda la existencia de una vida futura, y *quieren* creer (porque les conviene en sumo grado) que el alma humana muere como la luz de una bugía, o desaparece, al perecer el cuerpo, como la pompita de jabón que estalla en los aires.

Y es filosóficamente cierto, demostrable por consiguiente, y teológicamente dogma de fe, que en realidad de verdad el alma humana es inmortal: «creo en la resurrección de la carne y en la vida perdurable», rezamos los cristianos en el Credo.

Confieso de grado que el alma pudo no existir (sólo Dios es un ser necesario), ni repugna en absoluto que cese en su existencia; pero tened entendido que en su naturaleza misma imprimió el Señor una inclinación irresistible, una tendencia incontestable a hacerse y a engolfarse en un océano de felicidad e inmortalidad; inclinación, tendencia que Dios no frustrará, porque sería opuesto a la Sabiduría divina el dar inútilmente inclinación irresistible, tendencia incontestable.

Dejemos el argumento contundente, cimentado en la *simplicidad del alma*, o sea, en su exclusión completa de partes constitutivas e integrantes, formativas de su ser; y en su *espiritualidad*, esto es, en su independencia suma respecto de la materia tanto en el ser como en las operaciones; de cuya consideración deduciríamos la no descomposición o transformación del alma; intransformabilidad o incorruptibilidad que nos lleva al concepto de lo imperecedero e inmortal, para fijar nuestra consideración, siquiera sea someramente, en el argumento que se apoya en el testimonio de la humanidad.

En todos los pueblos existe un respeto sagrado a sus muertos, y se esfuerzan por socorrerlos al otro lado de la vida. Los chinos (por ejemplo) ¿no queman en la conducción fúnebre de sus difuntos, casas y moneda de papel y depositan en el sepulcro puñados de arroz para que en las regiones de ultratumba no carezcan de habitación donde guarecerse, de riquezas que alivien sus necesidades y de manjar que conserve sus fuerzas? ¿no pintan en cuadros de exagerado realismo los variados y torturantes castigos que infligen los demonios según el diverso catálogo de culpas? Esta creencia o radica en la revelación divina o en la convicción universal de los pueblos,

y por ende, infalible. No reverenciaríamos las cenizas de nuestros padres si no creyéramos y esperaríamos en *un más allá* necesario.

Unamos a este argumento, esbozado tan sólo, el que se basa en la santidad y justicia divinas. Dios es santo, por lo que debe querer irremisiblemente el cumplimiento de la ley moral, garantida por una suficiente sanción.

A su Providencia corresponde castigar a los infractores, y retribuir a los cumplidores fieles. Ahora bien, la experiencia cotidiana nos patentiza la insuficiencia de la sanción o premio en este mundo; es, pues, necesaria una vida futura, en la que pueda tener la ley moral adecuada sanción. La justicia de Dios pide que la virtud recoja todos sus laureles, sin despreñar una rama, y que el vicio pague sus deudas hasta el último maravedí: porque como escribe Mosabré: «La virtud se aproxima con harta frecuencia hasta el fin de su viaje sin haber gustado las caricias de Aquel que la decía: ánimo, valor: y el vicio, rebosante de misteriosos favores, duerme alegre sobre las palmas de una escandalosa victoria».

Para corroborar este argumento transcribiré un párrafo de Atenágoras, apologista cristiano del siglo II, con las mismas palabras de la traducción de D. Mercier: «No ejerce Dios en esta vida toda su justicia respecto del hombre; porque vense ateos, criminales de profesión, transgresores desvergonzados de todas las leyes divinas y humanas, pasar días tranquilos al abrigo de los males que merecen sus crímenes, mientras que hombres de una virtud ejemplar arrastran el enorme peso de una vida más que desgraciada, sirviendo de blanco a la calumnia y a la violencia, colmados de dolores, calamidades y malos tratamientos... Si, mucho falta para que los buenos reciban en esta vida una recompensa proporcionada a sus virtudes, y los malos una pena igual a sus vicios. Las condiciones de nuestra naturaleza no están en relación con una retribución perfecta; hay hombres que no estarían en estado de llevar todo el peso de los castigos medidos según el número y enormidad de sus crímenes. No, un bandido que comete robos sobre robos, homicidios sobre homicidios; un opresor tan cruel como poderoso; un tirano harto de sangre, no podrían con una sola muerte expiar todas sus maldades... No se ejerce, pues, en la vida presente la justicia divina en todo su rigor». La conclusión es clara; después del ocaso de esta vida lucirá el sol de otra nueva; *el alma no muere*.

pentecostés

POR ANTONIO ASOREY ANDALUZ

El Domingo de Resurrección es la solemnidad más grande del año.

Después de éste, el día más grande es el de Pentecostés. Es este el día (cincuenta después de la Resurrección) en que desciende el Espíritu Santo sobre la Iglesia naciente, comenzando así a asistirla, asistencia que ya no se interrumpirá en el transcurso de los siglos.

¡Qué acción más grande y milagrosa es la del Espíritu Santo sobre los hombres! ¡Qué cambio tan enorme se produce en la manera de ser de aquellos sencillos pescadores!

Pobres, torpes y cobardes. Pobres, porque tienen que trabajar constantemente para lograr alimentarse; torpes, porque no logran comprender quien es y la misión de Jesucristo, a pesar de su clara exposición y de sus milagros...; cobardes, porque han huído abandonándolo, en la primera ocasión en que han tenido un incidente desgraciado, a pesar de sus anteriores protestas de solidaridad.

Aun después de haber contemplado su Pasión y su Muerte, después de haber visto el prodigio de su Resurrección, después de haber vivido la escena del lago Tiberiades, después de haber gozado durante cuarenta días de su compañía y de sus enseñanzas —consolidación y complemento de las enseñanzas anteriores— no comprenden todavía a Jesucristo y se atreven a preguntarle, momentos antes de su Ascensión:

«Señor, ¿si restituirás en este tiempo el reino a Israel?».—(Hech. I, 6).

Si Cristo fuera un simple hombre, si Cristo no fuera Dios, en aquel momento en que vio claro que había perdido 30 años de su vida oculta y 3 años de continua predicación, formando a los que habían de ser el cimiento de su Iglesia, habría renunciado a su Obra.

Pero Jesús era Dios. Tenía reservas sobradas a que apelar. Tenía el Paráclito, el Consolador, el Espíritu Santo, que había de hacer el milagro de forjar una —a manera— de nueva naturaleza en aquellos hombres.

Y se lo promete:

«Mas recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalem, y en toda la Judea, y Samaria, y hasta las extremidades de la tierra».—(Hech. I, 8).

Han pasado 10 días. Los doce Apóstoles (Matías sustituye al traidor) están «todos unánimes en un mismo lugar». También está María. Están igualmente los discípulos. En una palabra, allí está la Iglesia.

Y con gran ruido y como viento huracana-

do, unas lenguas de fuego se posan sobre sus cabezas

«y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en varias lenguas, como el Espíritu Santo les daba que hablasen».—(Hech. II, 4).

Y la multitud de judíos, multitud venida de todos los lugares de la tierra a las fiestas de Pentecostés, atraída por el ruido que hacían los discípulos del Señor y extrañada de que aquellos vulgares galileos hablasen la lengua que ellos entendían, decía:

«Que viene a ser esto?».—(Hech. II, 12).

«Estos están llenos de mosto».—(Hech. II, 13).

Pero esta ofensa, ofensa a todos los presentes: al Espíritu Santo, a la Iglesia, a María, a los Apóstoles, no puede quedar sin una contestación.

Es Pedro el indicado para darla. «Apacienta mis corderos». Pedro se pone en pie y alza la voz, no como hace pocas semanas, para, angustiado, atropellarse a sí mismo, con voz trémula —que afirmaba lo contrario— diciendo, una, dos y tres veces:

«No soy».—(Juan, XVIII, 17).

«No conozco a tal hombre».—(Mat. XXVI, 72).

«Juro que no conozco a ese hombre que decís».—(Marc. XV, 71).

sino con gran serenidad, y adelantándose como Jefe, y como Jefe que era de la Iglesia, pronunciar un discurso improvisado, que sin embargo no es desordenado como podría esperarse de un temperamento vehemente y de una persona ignorante como sabemos que era Pedro.

Aquel discurso, que comienza de una forma bella, elegante y prudente, viniendo a ser una lección de oratoria, dada por quien nunca había hablado:

«Varones de Judea, y todos los que habitais en Jerusalem, esto os sea notorio, y oíd con atención mis palabras».—(Hech. II, 14).

viene a constituir una pulcra exposición de nuestra fe y motivó la conversión y bautismo de 3.000 personas, que vinieron a engrosar la Iglesia naciente.

¿Quién produjo ese cambio en Pedro y en sus compañeros? ¿Es qué se dedicaron durante los días transcurridos entre la Ascensión y Pentecostés a una seria preparación y formación, que dió esos resultados? No; la formación no se improvisa. Eso fué un milagro del Espíritu Santo, que acababa de descender sobre los discípulos de Jesús.

He aquí la virtud del Espíritu Santo; he aquí su poder; he aquí también algo para nuestra

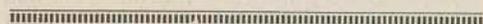
retablo santiagués

la rúa de san benito

POR ANTÓN DE PEPIÑO

Trás de San Benito. Cantón de San Benito. San Benito... Son tres distintas rúas en una zona enclavadas. Tres rúas a las cuales un inexplicable confusiónismo da el nombre de la una a las otras y de las otras a la una en graciosísimos viceversas. Los mismos santiagueses. En Santiago, la mayoría desconoce el verdadero nombre de las rúas tradicionales. Lo es la rúa de San Benito, cuya legendaria existencia se remonta a las épocas más descollantes de la gloriosa vida compostelana.

La rúa de San Benito no envidia en atributos justificativos de su áurea personalidad a calle alguna de la urbe magnífica. A ninguna... Sus características —alargada estrechez y amurallamiento rígido— háblanle a la emoción serena de un exclusivismo inconfundible. Nada más típico. Nada más profundo. Nada más santiagués. Los años vívidos rodean esta rúa de una aureola venerable, plena de afirmaciones. Linaje y ejecutoria ancestrales. Berroqueña representación. Honradez artística... La pétrea musa de la ciudad inició —no cabe dudarlo— el proceso de su historia, de gigantescas proporciones, en esta poética rúa, acariciada por el fervor y la admiración de todos los tiempos. En esta rúa y sus casi homónimas compañeras. Las cuales, en un alarde de localismo pujante, suman su prestigio al de la rúa «cabezaleira» —ambientadas en la misma incorruptible atmósfera de sano y saludable amor jacobeo— con unción



tranquilidad. El Espíritu Santo estará con la Iglesia hasta el fin de los siglos y por tanto no será vencida. Pasarán los malos tiempos, pasarán las persecuciones, pero la Iglesia no pasará.

Adoremos, pues, al Espíritu Santo, porque es Dios; conservemos sus dones recibidos en el Bautismo y en la Confirmación; invoquémoslo en el examen de conciencia, en nuestros estudios y cuantas veces pretendamos esclarecer nuestra inteligencia y robustecer en el bien nuestra voluntad; invoquémoslo con el Aleluya de la Misa del Espíritu Santo:

«Vení Sancte Spiritus, reple tuorum corda fidelium; et tui amoris in eis ignem accende».

«Emitte Spiritum tuum et creabuntur».

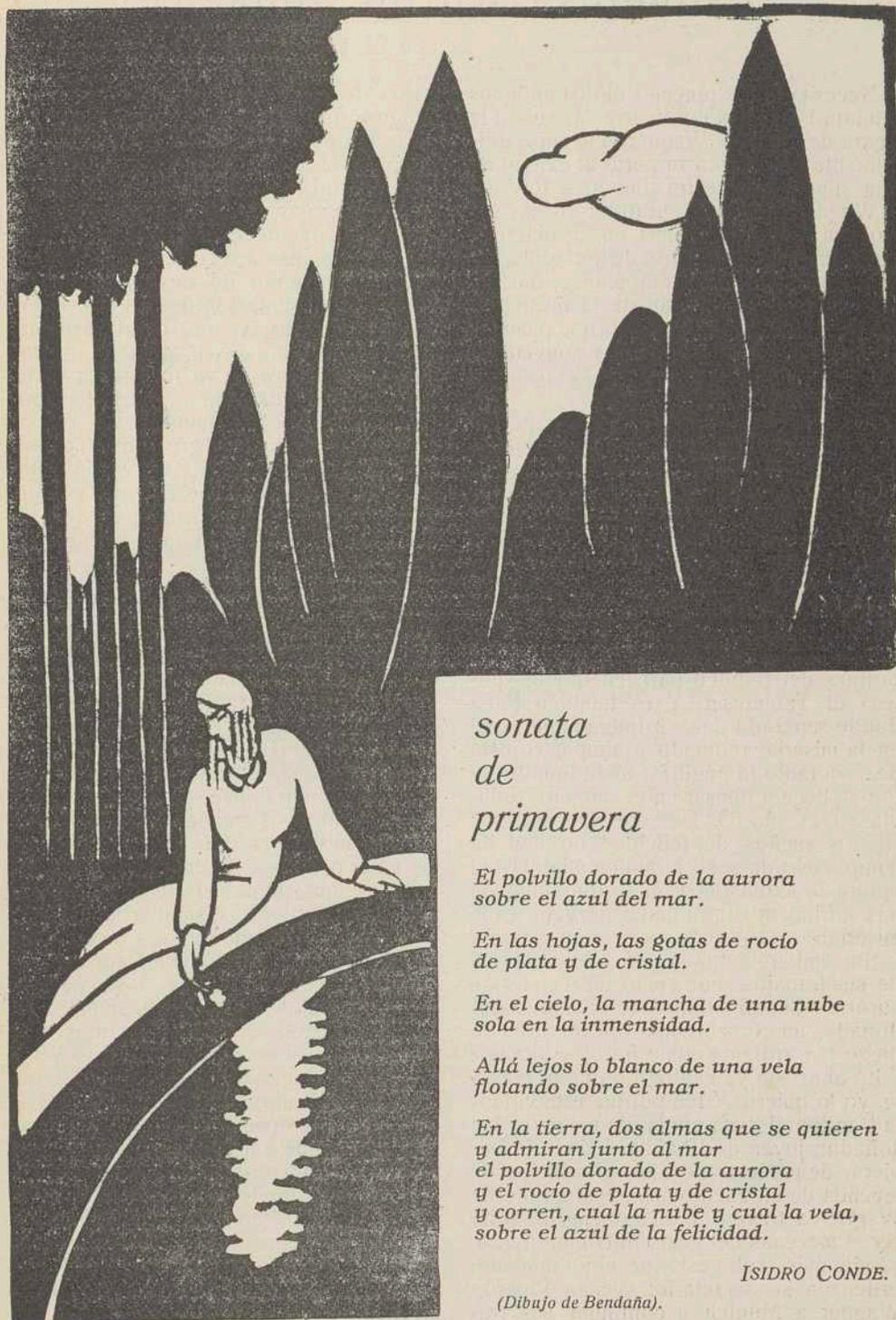
«Et renovabis faciem terrae».

y arrestos de cruzados orgullosos de su misión y de sus conquistas.

La rúa de San Benito constituye una de las más bellas páginas del místico romance del acervo. Canción de bloque. Poema de cinceles y estrofas de granito. Luz. Luz de misterio, de encanto. Sombras augustas... El espíritu de Compostela acentúa sus relieves más sensibles en este rincón evocativo.

Escribo sobre el alféizar de una ventana. De cuando en vez, mis nervios se rebelan en actitud de protesta contra las cuartillas que esperan... Rebélanse. Y mis ojos se alzan y extienden en busca de horizontes más amplios. Desde su breve y fácil pedestal la efigie del rey del idioma patrio dirige hacia mí la mirada de sus ojos de roca viva. Mírame dulcemente, significativamente. Habla. El idioma de los ángeles y el idioma de la piedra sonle familiares. Los conoce a fondo. Los aplausos y los desdenes de los hombres, también. Pero ¿qué importa a su historiada genialidad la modestia de la base que sirve de sostén al remedo de lo que fué su cuerpo mutilado? ¿Qué importa? Nada. Absolutamente nada. Continúa en el mundo Miguel de Cervantes Saavedra. ¿Vive éste por Don Quijote o vive Don Quijote por el inimitable cantor de las «descomunales y nunca vistas hazañas» del aventurero prócer? Saberlo no hace al caso. Progenitor del héroe, Cervantes, supo moldear la figura de Sancho también. Y esta antitética invención, este hallazgo maravilloso y excelso, labró la inmortalidad del escritor y soldado por los siglos de los siglos.

Acerca de la rúa de San Benito hízome el sublime autor de Persiles revelaciones muy interesantes. Don Quijote, no sólo ha paseado su arrogancia y férrea armadura por esta calle insigne, sino que hubo de ser un tiempo huésped de una de sus, entonces, posadas admirables. En la iglesia de la plaza del exaltador de sus glorias oía misa todos los días el invencible manchego, y, asimismo, comulgaba diariamente. Escudábalo su lealísimo escudero, cuyo tímpano no hiriera todavía el bravucón matonismo del escudero de Sansón Carrasco. Brindo estos impagables pormenores, inéditos hasta hoy, al insaciable afán de la competencia escudriñadora, ávida siempre de asombrar al mundo con nuevos e ingentes descubrimientos.



*sonata
de
primavera*

*El polvillo dorado de la aurora
sobre el azul del mar.*

*En las hojas, las gotas de rocío
de plata y de cristal.*

*En el cielo, la mancha de una nube
sola en la inmensidad.*

*Allá lejos lo blanco de una vela
flotando sobre el mar.*

*En la tierra, dos almas que se quieren
y admiran junto al mar
el polvillo dorado de la aurora
y el rocío de plata y de cristal
y corren, cual la nube y cual la vela,
sobre el azul de la felicidad.*

ISIDRO CONDE.

(Dibujo de Bendaña).

siluetas: ricardo wagner

POR ERNESTO PRIETO

Necesitaría los pinceles de los antiguos miniaturistas para colorear y dar vida a la figura de Ricardo Wagner, que sufre difícilmente se reduzca su perfil al exiguo de una silueta en nuestra simpática Revista.

Wagner fué genial en todo: en sus yerros, en sus innovaciones, en sus aciertos. Desorientación, cerrazón de horizonte, espesa niebla en los primeros años, que logra al fin disipar el sol de la música; y luego el rudo batallar, el abrirse paso en la selva del favoritismo fácil y convencional que domina su época bajo el pseudónimo de buen gusto.

Años de ilusión, de anhelosas esperanzas, de tremendos desengaños; el eterno flujo y reflujo de la volubilidad humana... destierro de su patria. Peregrino incansable, persigue en vano la felicidad que le rehuye... y así Italia, y más tarde Londres, a donde pasa como director, para volver muy pronto con un desengaño más a Zurich. Al fin se le levanta el destierro y, cuando cree haberla ya alcanzado, muere asfixiada su esperanza bajo los elegantes botines del público parisién que le «patea» el Tanhauser. Y es también París donde separado de su primera mujer, casi en la miseria, reducido a simple copista de... «a tanto la página», abandonado de todos, llega a pensar en el suicidio, todavía en el año 63. Desesperado escribía: «¡Estos sueños de felicidad no han de cumplirse! ¡Ah, señora, amiga mía! ¡Usted ignora la extensión y la profundidad de mis sufrimientos! ¡Mi único porvenir es la miseria!»

Sin embargo, nunca más cerca del fin de sus trabajos. Fué como un rosieler de aurora: «Cuando todos me habían abandonado, un corazón latía por mi arte con fuego tan ardiente como puro, y una voz gritó al artista ya caído: ¡Lo que tú creaste, yo lo quiero! Y fué porque esta voluntad todopoderosa era la de un rey». Un soñador, joven de 19 años, Luis II de Baviera, de carácter extraño, el príncipe de leyenda de un cuento azul, enamorado de Wagner a través de su Lohengrin, soñó ser el mecenas del genio incomprendido, y, sin más, con gesto de niño mimado, ordena a su secretario: «venga Ricardo Wagner a Munich a continuar sus tra-

bajos de composición». Entonces juzgó Wagner que comenzaba su edad de oro, pero, tan poco práctico como el príncipe, fracasa rotundamente, al poco tiempo, entre el torbellino de las intrigas y envidias cortesanas, tan contrarias a su carácter, precisamente cuando juzgaba tocar ya con las manos el sueño de toda su vida: la creación de un teatro modelo para la representación de sus obras. Impresionado Luis, viendo que la privanza de Wagner había desencadenado una tan violenta borrasca, se ve obligado a desterrarle de la ciudad, aunque secretamente sigue auxiliando al artista.

Retirado en una alegre quinta cercana a Lucerna, vive Wagner tal vez los años más tranquilos de su borrascosa existencia. Poco después se traslada a Bayreuth, donde logra realizar su gran quimera: el teatro modelo.

No podemos juzgar aquí a Wagner; subió demasiado para poder discutirle. De la incompreensión del «dilettanti», acostumbrado a la sensiblería fácil de la ópera italiana, podríamos pasar al terreno resbaladizo de los adjetivos tan superlativos como hueos. La mejor alabanza que yo escribiría de la obra de Wagner sería la de que, es tan sincera y humana que nos penetra insensiblemente y hace que nos sintamos creadores como él; y es que: «antes de escribir un sólo verso he de estar previamente embriagado por el perfume musical de mi creación». Imposible, sin embargo, disimular al gran artista aquella segunda unión —recordemos el divorcio de su primera esposa— con Cosima Listz, divorciada a su vez de Hans de Bulow. Respirando siempre un ambiente católico, nuestros pulmones se intoxicarían en el medio que alentó Wagner. Compadecemos sin embargo al hombre y le deseamos en el «más allá» la paz espiritual que apenas si logró en vida.

En el parque público de Bayreuth, bajo una sencillísima losa a flor de tierra, defendida por modesta reja, descansa el gran músico... Pero en el corazón cristiano surge medrosa una pregunta: ¿Serán los «murmillos de la selva» y el canto de las aves las únicas armonías que arullen su sueño eterno?...

hiems transiit

POR JOAQUÍN FLORIT

Los días fríos y lluviosos del invierno han pasado y Santiago despierta ahora en esta bella primavera de su letargo invernal; despierta, digo, porque en el Sur y en el Levante de España no es generalmente muy sensible el tránsito de una estación a otra y puede decirse que para estas regiones existe una perenne primavera, adormecidas al borde del tibio Mediterráneo y bajo su cielo azul. Pero en Santiago, en cambio, es posible experimentar este tránsito, que tiene caracteres de verdadera resurrección, porque el otoño envuelve a la ciudad en un denso velo de brumas, y la ciudad se duerme el otoño entero, mecida por el rumor de la eterna canción de cuna de la lluvia.

Ni siquiera el alegre alborotar de la estudiante consigue sacar a Santiago de su sueño, que duerme encogido, acurrucado sobre sus torres-campanarios, sobre sus iglesias, sobre sus rúas silenciosas. ¡Ah! Al que gozó de todos los placeres y piensa que nada le queda por gustar en este mundo yo le digo que vaya a Santiago y pase allí un otoño, sumido y envuelto en el sudario de su lluvia inacabable y experimentará la sensación de calma, que no sé si le podrán ofrecer otros lugares de la tierra.

Calma y equilibrio espiritual. Y serenidad. Y pensar —o mejor— oír el propio pensamiento hablando mesuradamente en las tardes grises e iguales. Pensamiento que nos hace reflexiones profundas o nos relata fantásticas historias, que con tanto agrado escucha a veces nuestra imaginación, o, sobre todo, nos impulsa a elevar a los cielos, por encima de los remates de las cúpulas, nuestro amor a Dios, tantas veces derramado en las criaturas vacías.

Pero el invierno ha pasado. Santiago va poco a poco despertando de su letargo y ríe con los brotes tiernos de sus árboles, aceptando complacido la caricia del sol de primavera. Y ríe también con la sonrisa de quien se siente dichoso de vivir en aquellas tardes largas, cuando el sol prolonga su ocaso incendiando los cielos por detrás del bosque de la Condesa.

¡Optimismo de Santiago! ¡Alegría y resurgir de tus piedras viejas, yertas de frío, que más de una vez vinisteis a mi pecho para darme

nuevo aliento! Yo sé que ahora, en este mes de mayo, que tiene efluvios de tierra húmeda y perfume de flores, aquella estudiantina, que pasó el otoño un poco aletargada también, despierta y bulle inquieta por rúas y plazas, o invade muy de mañana la Herradura buscando el modo de introducir en la cabeza, de la manera más grata posible, aquellos endiablados textos, que durmieron también durante el otoño.

Yo sé que ahora hay también un reverdecer espléndido de nuestros afectos religiosos, que renacen al mágico conjuro del mes de Mayo, del mes de María. En Santiago penetrarán a raudales por todas las puertas de sus iglesias los densos efluvios de esta primavera que se purificarán de su aroma pagano y salvaje al mezclarse con las nubes de incienso, y en los altares enmarcarán la figura de María las rosas nuevas. Y luego, cuando vencido el día el sol camine lentamente hacia el ocaso y la tarde se arrastre en la larga agonía del crepúsculo, llamarán las campanas claras de los quietos conventos recordando a todos —a todos: a los hombres, a la tierra, al cielo, al mar— que es la hora del Rosario. Y las iglesias entonces se poblarán de humildes, de pobres de espíritu, de mansos de corazón, de tristes que lloran; y de sus labios irán cayendo poco a poco las «Ave Marías» de la salutación angélica, puras, sinceras, fragantes como una guirnalda de rosas...

A través de las vidrieras multicolores pasarán los últimos rayos del sol y fingirán áureos resplandores en el suelo de la iglesia, en los ramos de rosas y tal vez alguno más dichoso iluminará de celestial claridad el rostro purísimo de María; nosotros iremos entonces desgranando la Letanía para decirle: llenos de confianza y de alegría santa: *domus aurea, ora pro nobis!*

Mas esta verdadera alegría no quiere tristeza de cosas pasadas y no pide mirar atrás, sino adelante. Por eso y porque también Santiago me enseñó a meditar hondamente como cristiano, contengo mi nostalgia quitando a mis deseos mezquindad de tiempo y dándoles aspiración de eternidad, como estas piedras viejas, perpetua imagen de inmortal destino.

Barcelona, mayo 1936.

sueño...?

POR MANUEL PÉREZ DE ARÉVALO

En los conciertos musicales debieran prohibirse los aplausos, porque rompen los vidrios de los oídos...

Muchas veces sentado, en la triste soledad de mi habitación sin hogar, y fumando un cigarrillo, mientras dejo que lentamente transcurran las lánguidas horas del anochecer, me siento transportado a uno de esos grandes coliseos en que se interpretan las incomparables y bellas epopeyas musicales de Wagner o Beethoven.

Se mueve la cerilla del telón y se enciende el escenario. La música va a comenzar, y, como ella, el cigarrillo a quemarse.

Las primeras bocanadas, grandes y compactas, retorciéndose y juntándose en gruesos jirones sin determinada dirección son la introducción, en la cual los bajos destacan, y sin tono aparentemente determinado preparan nuestro oído para el próximo festín musical que nos brindan.

Dejo blandamente descansar en el cenicero mi cigarrillo; un finísimo hilo azul—híbrido de fuego y aire—teje en el ambiente la melodía ya destacada y limpia, que se yergue majestuosamente, sola y flexible por unos momentos, para, al difuminarse en lo alto, volver sobre sí misma formando una humareda, del mismo origen, de la misma substancia, pero de diferente forma. Son los acordes que siguen reflejando suave y lejanamente las crestas de la melodía.

Vuelvo a aproximar a mis labios el cigarrillo, y emito nuevas bocanadas, ahora más fuertes, más brillantes; el humo aumenta, el hilillo se retuerce y se envuelve en sí mismo aterrado, temeroso de desaparecer ante la gran masa que le oculta. El galopar de los timbales persiguiendo al canto, amenaza destruirle, lo enmascara, impide que lo percibamos; éste se deshace y grita en su agonía, produciendo más tarde una cascada de lacrimosas notas.

El lejano trueno disminuye, ya no se oye, el humo se disipa, dejando otra vez que mi oído se deleite en la suavidad (aparentemente más dulce) de la fina columna que se eleva temblando, como recordando aún el pasado peligro.

El fuego de la música avanza produciendo con sus chisporroteos notas destacadas, relámpagos en la noche de la armonía. El director pasa las hojas muertas—ceniza de partitura—pintadas de notas negras que semejan rasgados ventanales de viejos conventos cru-

zados por pentágramas de yedras y lianas.

La música se complica, la hebra que lánguidamente ondeaba al extremo de mi cigarrillo se torna airosa y se divide en varias voces que se persiguen mutua y paralelamente, coincidiendo a veces, divergiendo después, subiendo unas y bajando otras, bordando todas una sutil y complicada trama en la recia tela de los bajos que, a la manera de fuertes y gruesas columnas sostienen entre sus titánicos brazos, cóncavos arcos ornados de infinitas arquivoltas.

La gran variedad de volutas se simplifica, se acercan hasta su completa e íntima fusión, debilitándose poco a poco hasta reproducir el primitivo tema... lánguido... sentido...

El humo de mi cigarrillo muere lentamente, abandonado a sí mismo en las últimas convulsiones de su agonía, se debilita por momentos, casi desaparece, resurgiendo más fuerte después, pero decayendo nuevamente agobiado por el gran esfuerzo. El único e incandescente ojo del cigarrillo se cierra para siempre, haciéndome recordar la brusca y rápida ceguera de Polifemo, produciendo en su póstumo estertor una ondulante y casi imperceptible serpiente de humo, que enroscándose cada vez más suavemente, queda por fin en unos instantes flotando inmóvil, hasta su desaparición completa.

La música ha terminado dejando un silencio repleto de notas. Por unos momentos queda resonando en mi oído el último acorde.

Una fuerte salva de aplausos rompe bruscamente el encanto, produciendo en mí un efecto análogo al que debió sentir «el de la Triste Figura» cuando caballero de Clavileño, y creyendo volar más allá de las estrellas, por encima de la región del fuego, le estalló brusca e inesperadamente entre sus piernas dando con su cuerpo en tierra; imaginándose su caída, la más descumunal y estrepitosa. Mi vuelta a la realidad es así, rápida e inesperada, como avalancha de nieve que, desde lo más alto de la montaña viene a nosotros destruyéndolo todo a su paso, y amenazándonos aún a nosotros mismos.

Es un amigo que abriendo inesperadamente la puerta de la habitación provoca una corriente de aire que disipa los últimos restos de humareda, y me habla de realidades (como todas ellas estúpidas y banales): los exámenes.

cuentos de niños

POR I. C. B.

Si estudiamos las diversas etapas por las que han pasado los cuentos para niños, vemos que de un romanticismo creador y estético han bajado, en caída perpendicular, a la triste y prosaica realidad de un perro, de un gato y de un ratón que no pueden llenar de manera alguna el corazón y el alma de los niños como los llenaba en los pasados tiempos el romántico príncipe *Blanca flor*.

* * *

Era la época en que los juglares peregrinaban de castillo en castillo entonando sus trovas mientras la princesita, en la jaula dorada de sus habitaciones, presentía a Lohengrin que venía en el cisne por el lago de azur. Las trompetas de guardia rompían el silencio de la noche y en la torre del homenaje flameaban al viento las banderas que indicaban el poderío del señor.

Eran los tiempos en que las gloriosas Abadías perfilaban sus arquitecturas de ensueño sobre un cielo plumizo y gris mientras los monjes, cual vaporesos fantasmas, paseaban por los claustros y entonaban en el coro su canto gregoriano pausado y medieval.

Los cuentos de los niños tenían la propensión a lo sentimental y fantástico, y estaban impregnados del marcado sabor guerrero que caracterizó a la Edad Media. En las almas de los pequenuelos se encontraba la vaga concepción de lo infinito y sus historias relatan las aventuras de un príncipe hermoso que daba muerte a un dragón horripilante por salvar a una bella y gentil princesita secuestrada por el monstruoso animal.

De aquellos felices tiempos de los torneos y de los juglares datan las bellas leyendas del lejano y misterioso oriente en donde la flor de Loto adquiere su máximo esplendor. Entonces fué cuando el sol de primavera se casó con la luna y los astros celebraron su fiesta.

* * *

Han pasado los trovadores con su laúd y el sol del medioevo se ha ocultado en el ocaso teniendo de luz roja la torre y las almenas del castillo feudal.

En el mundo se inicia la profunda revolución del corazón y de la fantasía y en la tierra florece la nueva primavera con ideas estéticas de Schiller, poesías de Goethe y notas de Mozart. Había nacido el romanticismo y las trompetas de plata de los genios se lo contaban al mundo.

La Edad Media nos había dejado la propensión a lo fantástico, a lo aventurero y a lo soñador y los cuentos de niños se inspiran en el aleteo de las brujas que en los lejanos tiempos saludaron a Macbeth. En esta época las hadas y los gnomos llenan todas las imaginaciones infantiles que en su cunita blanca sueñan con fantásticas danzas de libélulas y con paisajes de encantadora armonía.

Entonces fué cuando nacieron y vivieron todas las hadas madrinas, y cuando la *morriña* galaica, que es nostalgia de mares infinitos, adquirió su delicioso sabor de romanticismo.

* * *

Después... vino un fru-fru de sedas. En los ricos salones, tapizados con bellos madrigales, lloraban los dulces violines de Hungría y la marquesita de rubios cabellos bailaba el *minué*.

Los cuentos de los niños parecían escritos por el mismo Wateau pues eran dulces y pastoriles como los tapices que immortalizaron su nombre.

Así nacieron «La Cenicienta», «Caperucita Roja» y «Blanca Nieves» al arrullo de los cuentos de la abuela vividos junto al *lar*, y Rubén, en su cuento dedicado a Margarita Debayle, nos muestra a la princesita caprichosa que una tarde quiso coger una estrella.

...para hacerla
decorar un prendedor
con un verso y una perla
y una pluma y una flor.

En aquellos tiempos, las cabecitas auri-doradas de los pequenuelos todavía tenían un delicioso recuerdo del romanticismo.

* * *

Mas tarde, modernamente, vinieron los desgraciados tiempos de la post-guerra. El *claxon*, el *cine* y el *five o'clock tea* revolucionaron las cabezas de las personas mayores y llevaron también su triste decadencia a las encantadoras cabecitas juveniles haciéndolas perder el don precioso de la espiritualidad.

Walt Disney, con su fina ceja sobre el labio superior —uniforme de toda la generación actual— y con sus Sinfonías Tontas, hizo que la inquieta imaginación de los niños se fijase en *Mickey* y en *Minnie* como anteriormente se había fijado en el gato *Félix*.

De esta forma, las cabecitas infantiles que antes soñaban con fantásticas libélulas, tienen por compañeros a un gato y a un ratón y han desechado la poesía y el romanticismo de *Blanca Nieves* y de la princesita que

...ya tiene el prendedor
en que lucen con la estrella
verso, perla, pluma y flor.



tríptico

por jacob o j. rey porto

a enrique romero archidona

El aro rueda en la ruta
por la voluntad del palo.
El palo es una batuta
en manos del niño malo.

Malo es el niño que deja
al aro loco rodar.
Loco el aro que se aleja
del camino hacia la mar.

La mar no sabe que hacer
con su regalo de acaso.
El sol se lo va a poner
como corona al ocaso.

Luego, en la noche cercana,
el niño con su niñera
verán desde la ventana,
que la luna es soberana
consorte de una quimera.

Ave de luna nevada,
vela tensa del falucho;
ropón de la madrugada,
gromo del palo machucho.

Alfanje de fina prora
corta la carne del mar;
herida verde, que añora
estelas de navegar.

Limonero franciscano,
fraile menor del sendero,
limonero limosnero
para la sed del verano.

Ermita del viajero
que bebe sombra en tu copa;
abrevadero,
donde naufraga la boca.

Para la sed del verano,
limosnero;
limonero del sendero
franciscano!

(Del libro inédito «Zurrón de caminante»)



roble al viento

POR RAMÓN F. FERNÁNDEZ

I

—Sí. Lo mejor es eso: separarnos. Vivir como dos extraños que ni se conocen siquiera. Al fin y al cabo mejor hubiera sido para mí no conocerte.

La frase cortante, dura, pronunciada con desparpajo cínico, estalló como una bofetada en las mejillas de María Isabel. No pudo contenerse, y su contestación fué también incisiva y cortante:

—Está bien. Yo sabré disponer por entero de mi vida.

El estallido del mal humor se contuvo milagrosamente en esos límites y no se manifestó más que en un portazo seco y en la salida enfurruñada de Gonzalo Abarca y en unos sollozos, primero quedos, después francos y abiertos de María Isabel Avenaño.

Allí era de todo punto imposible buscar una armonía. La tormenta que al correr de los años fué incubándose, estalló de pronto con toda su potencia acumulada. Odio que se había ido formando a través de una humillación contenida o de un incidente minúsculo que el tiempo y la incomprensión, en maridaje amoroso con el puntillo del

amor propio herido, van agrandando. Son muchos seis años de vida en común cuando la disparidad de caracteres se acentúa desde el primer momento con trazos seguros. Y vaya si eran distintos María Isabel y Gonzalo.

Claro es que al principio el encanto dulce y nuevo de la luna de miel cierra los ojos a la realidad y no se mira sino a través del prisma risueño del naciente optimismo. Todo se ve del color de rosa porque el amor o la engañadora ilusión de amor, pone una venda en los ojos y oculta las lejanías borrosas y los trazos inseguros. Pero, a medida que el tiempo pasa y la luna de miel se va esfumando, se va poco a poco cayendo la venda que tapaba los ojos. Primero es como una intuición, una corazonada que quiere romper un pedazo de la bruma que oculta el porvenir. Luego el primer encuentro a cargo de un antojo dulcemente insinuado por la mujer, que se rechaza bruscamente o del primer capricho del hombre que la mujer acoge despreciativamente. Y esto que en el cariño mutuo no hubiese sido más que una nube de verano que se disuelve en una lagrimilla o se funde en un beso, con la falta de aquel, se hace zarza

espinosa, cumbre irremontable de imposible acceso.

No fué amor —aunque a primera vista así lo pareciera— aquella pasión que unió en amor sus dos destinos. María Isabel era una belleza de perfecto corte clásico. Armonía perfecta en las formas, grácil majestad — sencillez— en el conjunto. Perdía siempre su mirada azul, rebuscadora de no sabemos que enigmas, en una como lejanía infinita que espiritualizaba su figura mucho más que la impresionante delgadez de su cuerpo. Y a todo esto unía una preciosa cabellera rubia donde el oro ponía una revelación de cumbres espirituales no soñadas. Parecía volar, volar siempre en alas de alguna invisible mariposa que la arropase en su vuelo. Y eso, sólo eso, por lo que tenía de encanto en su belleza física ilusionó a Gonzalo. Deseo más bien porque lo que le llevó hacia ella fué un ansia invencible de sentirla, de hacerla vibrar con el impulso viril de su amor.

Otra cosa fué en María Isabel. Como todas las mujeres que se asoman a la vida en la carroza triunfal de la juventud, había soñado con la felicidad azul y ensoñadora del amor. Su concepción del amor era un sueño plácido tranquilo, como el claro-oscuro de un deliquio espiritual que funde sus ansias en la quietud nostálgica del cielo. Y tanto llegó a vivir su sueño que llegó a considerarlo como un pedazo mismo de su vida.

Gonzalo fué el primer hombre que encontró en su camino, y en él concentró todas sus ansias de ternura pródigas de compartir con alguien aquel tesoro de cariño que desbordaba su alma. Pero acostumbrada como estaba a soñar forjó un Gonzalo a su memoria, distinto en absoluto de aquel Gonzalo que la realidad le traía, y en el que plasmaba todo aquel conjunto de cualidades con que había forjado el protagonista entrevista de su sueño. Fué por eso únicamente por lo que no fué capaz a ver lo que ella significaba en la vida de Gonzalo: una linda figulina de Sèvres que decora un comedor o un tapiz de indiscutible mérito que sirve de adorno a una habitación lujosa.

Cuando asombrada por la revelación, notó que empezaba a derrumbarse su sueño, parecióle como si el cielo se desplomase de golpe sobre ella. La rotura definitiva terminó de anonadarla. Quedó lo mismo que un pájaro que volase muy alto y se encontrase de pronto conque le caían las alas. Y cayó como una rosa seca que deshoja sus pétalos sobre el corazón de la tarde.

II

No se había secado, sin embargo, toda la ilusión en el alma de María Isabel Avendaño. El montón calcinante de cenizas guarda, a veces, en lo más recóndito de sus en-

trañas, una brasita diminuta, débil, una brasa en germen que va poco a poco cobrando vigor y vida hasta hacerse, en un momento determinado, llama abrasadora. Sobre ese germen, al parecer insignificante, puede levantarse gloriosamente trágica, la majestad ingente de un incendio.

En el alma de María Isabel había muerto aquel amor que había hecho médula de su sueño, pero entre aquel montón de cenizas grises se levantaba ingenuamente feliz la cabecita rubia del fruto único de aquel amor. Un chiquitín correntón y travieso que rompía en cascadas de alegría la monótona soledad de su vida en la casona materna.

Luchó lo indecible por su posesión María Isabel. Con el orgullo natural y recio de luchar por algo suyo, tan suyo como ella misma. Un pedazo de su misma carne formado a golpetazos de dolor en sus entrañas y salido a la vida entre desgarraduras sangrientas. Luchó primero contra la ley que quería arrebatarlo por un privilegio absurdo de varonía, cómodo procedimiento para tapar una injusticia flagrante. Luchó luego con la astucia y la fuerza que querían conseguir de consuno lo que la ley al fin no había logrado. Pero en ese luchar con encarnizado vigor, sabiendo que ponía en la lucha su vida toda rota por el primer desengaño y ávida de redimirse de nuevo con otro amor más fuerte y más intenso que el primero, el triunfo, seducido por la trágica grandeza de su gesto, se entregó en sus manos aniquilado, rendido por la reciedumbre indomable de una voluntad.

Ya tenía el germen, la semilla, el diamante en bruto en sus manos. Ahora sólo era preciso proceder a la obra de pulimento de afinamiento de aristas, de formación, de matices en aquel pedazo virgen de granito. Con infinita delicadeza porque delicadeza infinita exige la formación de un alma y un carácter que sepan estremecerse de entusiasmo ante la caricia azul de lo sobrenatural y lo eterno.

Todavía es un balbuceo de vida en sus brazos y ya empieza la madre a cumplir su misión cerca de aquella cabeza rubia que tiene un reflejo de oro salado sobre el temblor fantasmagórico de las penumbras. Las manos de la madre, con el índice abierto como la flecha de un anhelo, señalan la herida azul del cielo y la lluvia dorada de los trígales donde asoman como gotas de sangre generosa las amapolas. Y tiene el hijo, en la luz agonizante de la tarde que dulcemente se extingue, la primera y más firme sensación de infinito.

Y así cada tramo que avanza en la carrera apresurada de la vida, va ensanchando por la comprensión su alma, aprendiendo una letra más en el abecedario eterno de los



Su sueño era una espiral de humo...

(Dibujos de Bendaña).

delirios espirituales que abren en él una sed inextinguible de grandiosas empresas, no por fantásticas iriales. Porque la realidad y la fantasía no son dos fuerzas inversas que al cruzarse se aniquilan. Son dos formas encadenadas y lógicas de un mismo radiante y luminoso verbo: crear. Cuando la realidad no existe —perdone el lector la paradoja aparente— como fuerza externa, la fantasía forja una realidad interna que la proyección de la voluntad lanza al exterior. Al desdoblarse como fuerza externa se hace realidad sin dejar por eso de ser fantasía. He ahí la explicación categórica de lo que parece inexplicable en las gestas heroicas de algunos pueblos. Fué tan grande el impulso creador de la fantasía, que abrió un vuelo de idealismos sobre la voluntad y ésta puso toda su potencia volitiva a su servicio. La fantasía dijo que para hacer tangible su sueño era preciso abrir un agujero en la montaña y la voluntad abrió ese agujero ayudada tan sólo por la potencia creadora de la imaginación...

Se enfascaba María Isabel en su tarea, con el doloroso júbilo del artista que siente vivir el milagro de la escultura viva, tangible que se hace dureza en sus manos febriles de formas. Porque eso y más que eso —creación— representaba su obra. Fácil es llegar a la perfección de la forma física en que la dureza del cincel va limando aristas y matizando perfiles. Pero modelar un alma es algo más que crear un poco de belleza física. La habilidad del cincel se exalta y se sustituye por delicadezas de espíritu, matices biselados de espiritualidad que sólo se entregan al poder gloriosamente creador del genio... La fantasía de artista de almas se perdía en infinitos azules, dorando su creación con halitos gloriosos de entusiasmo. Su ilusión era ahora más dulce, más tranquila. Lejos de sentir el latigazo violento, posesivo del placer penumbrosamente sentido, se sentía vivir presa de una eternidad gloriosa que hablaba, derriñendo en mieles dulcísimas su alma...

Oración verde del pino, clavando en la herida azul del cielo la emoción vertical y profunda de un anhelo. Serenidad grave de una nube blanca que dibuja algodones de frescura en la tonalidad incandescente de un cielo de verano. Vuelo de mariposas que dejan tras sí la espuma dorada de su estela... Su sueño era una espiral de humo que se iba enroscando en la magestad ingente de las cumbres.

Perdida en su sueño le sorprendió la noticia de la muerte de Gonzalo. Ella misma se admiró de la poca sensación que había causado en su alma. Sólo hirió un poco la epidermis superficial de su sensibilidad de mujer: Ráfaga de viento que pone un ceño pasajero en la serena limpidez del mar.

III

Fernando del Alamo era un muchacho soñador y romántico que buscaba la tranquila soledad de los parques para deshojar la margarita feliz de sus ilusiones. El sabía que a la soledad venían todas las cosas y no se molestaba en salir a buscarlas. Buscaba sólo la soledad porque hacia ella lo llevaba el corcel alado de sus ensueños rompiendo con sus cascos los pedazos de cristal de las estrellas que le daban alas. La soledad no era para él vaguedad infinita de humo vaporosa e inconstit, sino tangible realidad, que se hacía carne en sus manos.

Muchas veces se encontró con María Isabel en sus paseos. Y entre ellos empezó a formarse esa cadena de simpatías ocultas, germinada la mayor parte de las veces en penumbrosas afinidades de destino. María Isabel veía proyectarse en Fernando su misma ansia de soledad soñadora, meditativa que acerca al hombre hasta el infinito ultrasensible. Y le parecía como un desdoblamiento, una duplicación de su personalidad. Exactamente lo mismo que llevaba a Fernando hacia María Isabel. Y empezaron a familiarizarse el uno con el otro, a mirarse como dos conocidos, a los que no separa más que la barrera convencional de unos usos sociales.

Fué el pequeño hijo de María Isabel el encargado de establecer el contacto. Con esa traviesa alacridad inconsciente de los chiquillos que aun no han penetrado en las frondas abstrusas de la etiqueta. Y aquel día entre los dos paseantes solitarios del parque se estableció una buena amistad hecha a golpes de afinidades y comprensiones. Aquella amistad no tenía para ellos una cronología exacta porque estaban persuadidos de que había empezado con su vida.

Poco a poco, inconscientemente, la amistad había empezado a desbordarse y tomar otros giros. Alguna vez primero, todas las veces después, acompañaba Fernando a María Isabel hasta su casa. Y sentía María Isabel en su compañía una angustia extraña, enormemente dulce, en el pecho y una no sabe que ansia infinita como de desbordamiento de su alma. Como si una sensación pegajosa de ternura la envolviese toda.

Un día Fernando abordó decididamente su tema. Sin timideces ni extemporáneos remilgos. Abiertamente. Fué un gesto audaz que tuvo la fortuna a su favor porque María Isabel, en el desconcierto de lo inesperado, no supo poner en su rostro un ademán de enfado o simplemente de impaciencia. Pero es que además...

El hablar de Fernando tenía para María Isabel emoción de primavera en invierno. De resurrección a abril pasando por encima

de las nieves de un diciembre que parecía eterno. Porque «aquello» — «amor de amar» — que ella creía ya bien muerto por la caída vertical al fracaso desde la alta cima de sus primeros sueños de mujer, resurgía de nuevo sahumado en la gracia litúrgica del levántate y anda de Fernando.

Una vez se había equivocado, es cierto. Aun pesaban hondas en su vida las consecuencias trágicas del fracaso. Pero el resbalón la había enseñado a profundizar en los secretos del corazón humano y tenía ahora la certeza de no equivocarse. La frase tierna de Fernando tenía rotas emociones en el tono y en ellas sentía María Isabel los aleteos vibrantes de la verdad. Hablaba como sentía y su sentimiento era hondo, arraigado, con profundas raíces en el alma.

Podía aún rehacer su vida. Redimirse del primer fracaso. Borrón y cuenta nueva. Su pasado era una pesadilla dolorosa que al evocarla sólo dejaba un matiz de regusto amargo borrado por la absoluta certeza de ser sólo pasado. No presente, ni pretérito.

Mientras tanto seguía hablando Fernando. Y su frase tenía ahora apremios angustiosos de interrogante. Angustia de quien teme ver esfumarse una esperanza acariciada mucho tiempo. María Isabel seguía callada. Una, porque el eterno femenino empezaba a aletear en su alma y ponía cortinas de rubor a su rostro. Otra, porque en el momento preciso de decidirse vino de golpe a su imaginación toda la realidad desnuda de su vida actual.

Ella tenía ahora una misión que cumplir. Urgente. Imperativa. Dolorosa también porque el dolor es el supremo guión de la vida perfecta. Vivir es caminar, no llegar a la meta. Propósito, sueño, anhelo, lucha. Y victoria sobre uno mismo. Y continuo dolor. Y continua epopeya.

Claro es que su misión estaría, al aceptar, suficientemente salvaguardada. Un amor no era antagónico del otro amor. El calor de nuevo hogar que nacía tendría un poco de sombra caliente para el hijo anterior. Para eso estaba su voluntad indomable. Pero no es menos cierto que el amor es exclusivista. No admite clase alguna de compartimentos con lo que reputa únicamente suyo. El amor nuevo mira a los restos del viejo con un poco de recelo por lo menos, celos retrospectivos para lo que fué antes de él nacer, posesión compartida de otro amor. Su misión a lo mejor encontraba en esto obstáculos para ser realizada con toda su grandeza, porque la necesidad imperiosa de compartir los restos del amor de ayer con el amor de hoy lo impedía.

Y cerró el portillo a la primavera que quería colarse de rondón en su alma. Al golpe del viento cayó despiadadamente se-

gada la flor primeriza de un almendro que quería florecerse. La desgarradura dolorosa que la renunciación hizo en su alma sólo tuvo en sus labios una frase angustiosa, infinitamente angustiosa: Se fué...

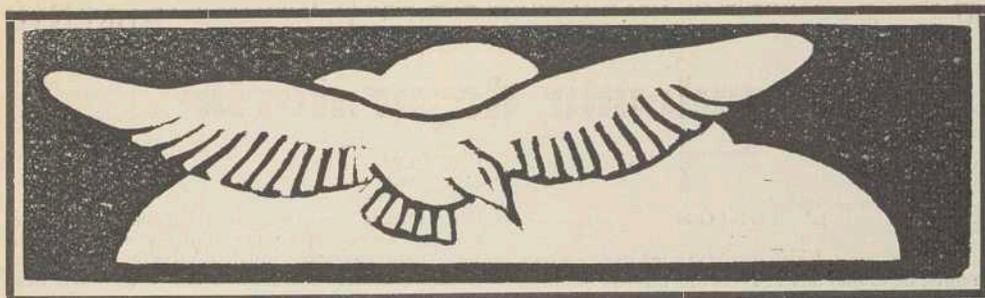
El amor pasa sólo una vez por nuestra puerta y si su aldabonazo no se atiende pasa de largo para no volver jamás sobre sus pasos. Renunciar a abrir es a veces un sacrificio incontestable. Pero el sacrificio es el crisol de los privilegiados.

IV

Copos de nieve sobre la cabeza de María Isabel Avendaño. Copos de nieve que fueron dando poco a poco majestad de plata a su cabeza rubia. Al mismo tiempo fueron encorvando gradualmente su cuerpo sobre el camino de su vida que señalaba ya a unos pasos su meta. Aquellos copos, sin embargo, no cortaron el vuelo imaginativo de su fantasía sino que lo conservaba vivo, fresco, con vigor juvenil cada vez más brioso. Una diferencia había en cambio entre el vuelo imaginativo de su fantasía de hoy y el del lejano ayer. El de ayer era acicate fervoroso, espuela de oro para su voluntad y el de hoy remanso deliciosamente umbroso donde converge la vejez tranquila de María Isabel Avendaño, proyectando el sueño de ayer como una realidad tangible, el aire con perfiles precisos, el granito con dureza y bulto de estatua.

Pantalla cinematográfica de esquemas, proyecta su memoria el cliché fotográfico de su vida. El conjunto dorado de sus sueños con el desenlace inevitable de derrumbamientos o de logros totales. Herida sangrante abierta en su alma por la primer caída vertiginosa, el primer tropiezo con la realidad implacable en abierta antítesis con las fantasmagorías de la imaginación adolescente. La paladina cicatrización de la herida que se abrió de nuevo en la pugna vibrante de dos fuerzas opuestas que a toda costa querían apoderarse de su vida: La vieja que quería volver a levantarse viva sobre sus cenizas y la nueva que luchaba y luchaba con prioridades de conquista. Era la vieja dulce regazo donde se aduerme tranquila y blandamente con hiperestesia de sensibilidad y ternura. Y el otro más duro, hosco, con dolor angustioso de creación y de lucha. Pero ella en el conflicto dudoso puso su voluntad al lado del dolor y en contra del placer y hoy recogía en sus manos, como el fruto maduro, en sazón desprendido del árbol por el sol del verano, la satisfacción honda y legítima de la victoria.

Emoción de lejanía en ocaso. Sobre la herida roja del poniente quemaba el otoño los últimos oros de una tarde.



crónica

Esta Congregación, que en la fecha cuenta con unos doscientos cincuenta asociados, ha celebrado todos los domingos la Misa de Congregación, corporativa y obligatoria a las once de la mañana, cuya asistencia fué buena hasta fines del mes de febrero, desde cuya fecha decreció algo, debido quizá a que las circunstancias, a partir de entonces, no fueron todo lo propicias que debieran. Esta influencia se dejó sentir en todos los demás actos de la Congregación.

Todos los meses —casi siempre el primer domingo— se tuvo la Misa de Comunión general, obligatoria también, y a la que asistieron la mayoría de los congregantes.

Celebráronse también los Ejercicios Espirituales durante la Cuaresma, con una asistencia de más de trescientos jóvenes, y que, además de los congregantes, asistieron muchos muchachos universitarios y de comercio.

Estos tres actos son los que tienen que cumplir todos los congregantes desde que se inscriben en las filas de la Congregación de la Anunciada y San Luis Gonzaga, de Santiago.

Aparte de estos actos hay otros muchos que se celebran en las diversas secciones de la Congregación, tales como la Sabatina, cuya Misa de Comunión de carácter voluntario, se tiene todos los sábados en nuestro altar con asistencia de un nutrido grupo de congregantes, grupo que durante los sábados del mes de mayo, en que se tiene la Misa de Comunión diaria, ha alcanzado el número de setenta.

Celebróse durante el mes de diciembre la Novena en honor de nuestra Patrona, con Misa diaria y Comunión, y en el mes de mayo, conforme dejamos dicho, el mes de las flores.

Durante todo el curso se comulgó todos los primeros viernes de mes, honrando de esta manera al Sacratísimo Corazón de Jesús.

Todos los sábados, víspera de Comunión general, tuvimos los Retiros Espirituales, en los que nuestro Director nos explicaba los puntos de meditación; luego, delante de Jesucristo Sacramentado, se meditaba por unos momentos; volvía a darnos una pequeña plática y por último se reservaba el Santísimo.

Durante todo el día de Jueves Santo, los congregantes velaron al Santísimo en el monumento de la Catedral en turnos de cuatro cada media hora.

El mismo día de Jueves Santo la Congregación organizó por orden del Excmo. Sr. Arzobispo, y con

permiso especial de la Santa Sede, una Misa de Comunión de Caballeros, cuya asistencia sobrepasó de los mil.

Celebró la Congregación durante la Semana Santa una tanda de Ejercicios Espirituales internos, en Bayona, que fueron dados por el antiguo Director de la Congregación, R. P. Solano.

Estos son los principales actos piadosos que se llevaron a cabo durante el presente curso. Pero además han venido celebrando semanalmente sesiones los Círculos de estudio sobre Religión, lo mismo que la Academia de Oratoria, siendo la labor en ambas muy fecunda.

Desarrolló también la Congregación una fructífera labor de caridad y apostolado, tal como la que se llevó a cabo en las Catequesis, acudiendo todos los domingos a las iglesias del extrarradio donde se enseñó a los niños la doctrina cristiana.

Acudióse mensualmente a dar unos momentos de consuelo a los pobres leprosos del Hospital de San Lázaro, aislados de la humanidad y sin tener el consuelo de sus familiares por ser de gente humilde que carece de recursos para poderse trasladar a Santiago y estar al lado de sus seres queridos, siendo algunos de ellos de fuera de la región.

Ejercen también la caridad los congregantes por medio de las Conferencias de San Vicente de Paúl, a las que pertenecen en número crecido.

Funciona asimismo en la Congregación la Sección Misional, a la que pertenecen la mayor parte de los congregantes.

La Congregación de la Anunciada y San Estanislao celebra, lo mismo que la de San Luis, sus actos piadosos, de caridad y apostolado, pues tiene la Misa de Congregación todos los domingos, a las nueve de la mañana, asistiendo casi la totalidad de sus asociados. Tiene la Misa de Comunión general juntamente con la de los «Luisés» y celebra los Ejercicios Espirituales durante la Semana Santa. Estos, como actos obligatorios para todo congregante. Además la sección de los Jueves Eucarísticos, Círculos de Estudios sobre Religión y Academia de declamación. Ejercitan la caridad visitando a los asilados y ayudan a los «Luisés» en la labor de las Catequesis. Tienen organizada la Sección de la Santa infancia en la que se encuentran casi todos los congregantes.

Tienen todos los domingos en el local social, donde cuentan con billar, ping-pong, ajedrez, damas, asalto, etc., sesiones de cine moral que les evita el que acudan a los cines públicos.

academia de oratoria

POR PEDRO PUEYO

1.ª SESIÓN

Voy a procurar dar alguna idea, aunque sea muy sucinta, de lo que fueron estas dos últimas sesiones de la Academia de Oratoria.

Y pretendiendo dar una explicación a esto, creo haberla encontrado, los académicos tomaron con ahinco la oratoria, conscientes de que en estos tiempos, como en la época de Cicerón, es necesario sacar una generación de oradores, que puedan propagar la verdad (hoy tan adulterada) a todas horas y a todos los vientos.

Y dejándonos de más explicaciones voy a dar una idea del trabajo de estas dos sesiones.

Se levanta a declamar una poesía Amo Castiñeiras. ¡Perdón, Amo!; razón tenías para estar enfadado conmigo, porque en la última reseña no te había puesto como otra de las revelaciones del curso; porque en esta sesión estuviste magnífico, recitando «Una cena», de Baltasar de Alcazar.

La hizo gustar de tal forma, que sé de algunos que no cenaron aquella noche, de satisfechos que fueron.

Aquel enérgico pasear por toda la estancia; aquellos expresivos movimientos de cabeza; porque si, algunos podrán aventajarle en otras cualidades (Cimadevila en movimiento de manos, Conde en el de pies, etc.) pero, ¿quién aventajará a Amo en el juego de cabeza? Así que, aquella técnica declamatoria tan personalísima, nos tenía maravillados; de pronto para, y con voz potente dice:

*¿De que taberna se traxo?
Mas ya... de la del Castillo.
Diez y seis vale el cuartillo,
No tiene vino mas baxo.*

Y continúa su furibunda carrera por la sala, mientras declama:

*Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.*

Poco después pregunta estasiado:

*¿Qué viene ahora?
La morcilla ¡Oh gran señora
digna de veneración!*

En uno de los de al lado se oye el ruido peculiar de hacerse la boca agua.

Los concurrentes boqui-abiertos siguen con creciente interés los desaforados ademanes del declamador, hasta que llega a aquello de:

*Las once dan, yo me duermo;
quédese para mañana.*

Y Amo, jadeante, sudoroso, cae sentado en su silla; y quedamos todos unos segundos en silencio, aplastados bajo la impresión de una declamación tan exuberante. Estuvo sublime.

Calmados un poco los ánimos, empieza Cimadevila a declamar un trozo de prosa de Menéndez y Pelayo.

Con su típica desenvoltura, declama vigorosamente los sonoros párrafos del excelso polígrafo; y con la amplia acción de su mano, parecía señalar «aquella

tierra intacta aún de caricias humanas, donde los ríos eran como mares y los montes veneros de plata y en cuyo hemisferio brillaban estrellas nunca imaginadas por Tolomeo ni por Hiparco», y cuyo descubrimiento se debe a España. O se emocionaba al cantar con los armoniosos períodos de Menéndez y Pelayo la gloriosa gesta llevada a cabo por nuestro pueblo en la historia del mundo, siendo la raza hispánica a la que estaba preparado «el hacer sonar el nombre de Cristo a las más bárbaras gentilidades».

Cimadevila, con esta declamación, asegura más el honroso puesto que de antiguo goza en esta Academia.

Por último, improvisa Ron, sobre «La Religión a través de la Historia»; haciendo un estudio bastante detallado de las religiones de los pueblos orientales y su fusión por el mundo con sólo doce apóstoles pobres e ignorantes, lo que demuestra la influencia divina en su propagación.

Estuvo muy bien, faltándole únicamente acción, debido a que estaba pendiente de la idea.

2.ª SESIÓN

Recita Seijas la poesía titulada «Cobardía», de Amado Nervo. Si a la belleza natural de la poesía añadimos el fino sentido declamatorio del recitador, quien nos hacía ver etéreas, impalpables aquellas «formas bajo el fino tul» y que con los ojos fijos en algo que nosotros no veíamos, declamaba:

*Pasó con su madre. Volvió la cabeza;
me clavó muy hondo su mirada azul.*

Tendremos pintado en burdos brochados el cuadro del arte recital de Seijas. Sin pasión ninguna puedo asegurar que emocionó a los oyentes.

Ansola declama unos párrafos de Fray Luis de León, titulados «La Naturaleza a la salida del Sol».

Empezó dejándonos convencidos de que la luz viene después de las tinieblas, porque lo repitió tres o cuatro veces (era un poco de azoramiento) pero, picado surgió el orador, y su lengua vibró expedita ya de toda traba, alabando con el ilustre Agustino las bellezas de la naturaleza en la salida del sol, cuando «las flores y la hierba toda desprenden de sí un tesoro de olor».

Al final improvisa Alvarez Domínguez. Para ser la primera vez que improvisa, ¡qué bien disertó sobre «La persecución como patrimonio de la Iglesia»; con una facilidad asombrosa recorre desde la época de Jesucristo hasta nuestros días la divina historia del triunfo continuo de la Iglesia sobre las persecuciones que en vez de destruirla han servido para coronarla con la diadema de sus mártires desde los del Circo romano a los de Méjico, Rusia y la misma España, en nuestros días.

Todo esto dicho con su fino y variado léxico, hizo que el aplauso fuese unánime entre los concurrentes.

Estos son unos cuantos rasgos de lo que han sido estas dos últimas sesiones de la Academia de Oratoria, donde tan brillantemente se lucieron sus disertantes.

cuento de humor

de mis "memorias" de viaje

POR E. CEBENE

Todas mis aspiraciones se reducían a ir al Congo.

Por azares de la fortuna estaba entonces residiendo en Nápoles. Un día me fui a la playa, ¡qué azul estaba la mar!... Las olas que rizaban su superficie venían galantes a besarme los pies.

Hacía poco tiempo que había entrado en funciones de mes D. Agosto. El calor, apesar de la brisa, era verdaderamente tropical (trópico digo, tópico típico que empleamos todos los que escribimos para decir que hace un calor enorme, sofocante, abrasador, y no sé qué otras cosas más), tanto, que de no estar en Nápoles y junto al mar, me hubiera creído que ya se habían realizado todas mis aspiraciones.

Pero ya que yo no podía ir al Congo, pues mis condiciones pecuniarias no eran del todo propicias, y queriendo vivir de ilusiones, como tantos otros humanos, miré al cercano Vesubio y pensé que cerca de él tendría más ambiente mi ilusión que junto al «cóncono cerúleo» que dirían los conceptistas.

Un tren de cremallera y un funicular se encargaron de conducirme al lugar de la erupción. Al principio del trayecto contemplé una vegetación exuberante; ahora, a una y otra parte, sólo veo lava negra, residuos de pasadas y terribles erupciones, muestras de la potencialidad del volcán arrojando —¡qué asqueroso!, fué mi comentario al oír la descripción del guía— bocanadas de humo... El espectáculo era formidable, maravilloso, estupendo, colosal, magnífico, sublime... Decididamente, tengo una imaginación volcánica, sin duda influida por el ambiente. Me separaban unos 80 metros de la falda del cráter. De vez en cuando el volcán, para demostrar su potencia a los ojos atónitos de los que le mirábamos, rugía; nuestros nervios se crispaban, y dejaba escapar por su boca al mismo tiempo una llamarada que me atraía. ¡Qué calor se debía sentir dentro! Corriendo llegué a la cúspide, me puse al borde mismo del cráter y... ¡oh momento de indescriptible emoción!; me lancé adentro. ¡Qué oscuro estaba aquello! y ¡qué ruidos más tenebrosos se oían! Descendí un poco más por aquellas cavernosidades y me puse negro; ¡qué entusiasmo!, más negro que los negros del Congo.

Desde fuera llegó a mis oídos el ladrar lastimero de un perro. Seguramente sería aquel can de lanas de un alto y fornido alemán que siempre estuvo a mi lado, sin duda atraído por mi marcada osamenta.

Pasé un rato de verdadero miedo, pues creí que me iba a merendar la Tierra, serían las seis y media de la tarde, pero una densa nube de humo que iba a salir del volcán en aquel trágico y preciso momento, se compadeció de mí y me llevó presurosa en sus brazos, bien mullidos por cierto, en sus brazos de algodón en rama, me llevó... ¿adónde me llevó?... ¿al Congo?... No, a la Luna. —Ya habrás notado, lector amable, desde el principio de esta narración, que si no estoy en la Luna, me quedan señales evidentes de haber estado en ella— pues si señor, fui a la Luna. La Luna estaba entonces en cuarto menguante, y cada día que yo pasaba en ella menguaba más. Por el cuerpo y el alma me circulaba el pánico de que menguase del todo y caerme en el espacio infinito... Temblaba. Se estremecían todos mis miembros. Crujían mis dientes como tablas secas. En la Luna no había nadie, estaba solitaria y triste. La habían abandonado todos. Sólo yo, alma caritativa, me había acordado de ella. ¡Si vieran ustedes cómo se aburre uno allí!...

Mi situación era insostenible, pues yo no podía vivir de aburrimiento solamente. Además, a la Luna, poco le faltaba ya para esfumarse, y en el hilo de Luna que quedaba, me arrodillé, alcé los brazos, y humildemente entoné un himno de alabanza al satélite de la Tierra, próximo a desaparecer lo mismo que mi delgado cuerpo, si pronto no se solucionaba favorablemente aquella trágica situación. Después de «enjabonar» bien a la Luna con mis melifluas palabras, le pedí un secreto, muy bajo, para que no me oyese nadie, una cosita que la Luna me concedió, como veremos enseguida, agradecida sin duda por la compañía que días atrás le había hecho.

Era la noche del 13 de agosto, la recuerdo con placer; en esa noche romántica, los astrónomos de melena larga y cucurucho estelar en la cabeza, vieron a través de sus telescopios algo sorprendente. La Luna, que entonces formaba un delgadísimo alfil casi invisible, atendiendo a mis ruegos creció de repente, lanzando mi cuerpo fuera de sí, lo mismo que la flecha es lanzada por el arco de un saetero.

Mi cuerpo atravesó el espacio a una velocidad fantástica, y se fue a *estrellar* contra la Tierra, ¡después de haber estado en el cielo!

Al ruido del golpe... desperté. Nervioso me froté los ojos y miré al reloj de la mesita de noche: eran las tres de la madrugada.

Me volví a dormir.

(De nuestro concurso).

LA GANGA

GENEROS DE PUNTO - Confecciones
ARTICULOS PARA CABALLERO
El mejor surtido en CAMISERÍA
Calcetines «CESAR», irrompibles

Calderería, 57 (Antes LA BULLA)

LA NORMA

Mercería y Novedades

BAUTIZADOS

SÁNCHEZ HARGUINDEY

Médico-Dentista

Toral, 10 - 1.º SANTIAGO

Colegio - Academia Santiago

Residencia de Estudiantes Universitarios

1.ª ENSEÑANZA GRADUADA

2.ª ENSEÑANZA OFICIAL Y LIBRE

Virgen de la Cerca, 15 y 16 Teléfono 1137 SANTIAGO

J. GAMALLO

SECCIONES DE VENTA:

Cirugía — Relojería — Electricidad
Ortopedia — Optica científica
Fotografía

FUNDADA EN 1890

Huérfanas, 1

BENEDICTO G. FERNANDEZ

MEDICO-DENTISTA

Horas de Consulta:

DE 10 A 1 Y DE 4 A 7

Rúa del Villar, 57-1.º